

La crisis del Uruguay y el Imperio Británico¹

Prólogo

El Uruguay es pieza fundamental en el área geopolítica del Atlántico Sur. Salida natural de toda la Cuenca del Plata, forma junto con Paraguay y Bolivia la línea tradicional de equilibrio, el "corredor libre" fronterizo entre los dos centros de poder latinoamericanos más importantes: Argentina y Brasil. La privilegiada ubicación estratégica del Uruguay, recostado sobre el océano, en el tránsito de grandes rutas rurales comerciales, le ha permitido un destino mejor, una vida más estable y próspera que la de sus hermanos paraguayos y bolivianos, asfixiados por el encierro mediterráneo.

Dentro del gran ámbito nacional frustrado de Latinoamérica, el Uruguay logró un status interno e internacional que le aseguró -en líneas generales- una sólida paz social y económica en lo que va del siglo XX. Dentro de la visión inglesa de la "división internacional del trabajo", su rol de abastecedor agropecuario le proporcionó ventajas indudables. En efecto, un país de estrechísimo mercado interno, incapaz de montar la industria pesada, condenado en ese orden al límite de una industria liviana que cumpliera un cierto rol de "sustitución de importaciones", tiene por su propia constitución un destino principalmente agropecuario. Por lo menos, sus industrias jamás podrán ser esenciales sin la apertura del vasto mercado común latinoamericano. La industria uruguaya toca rápidamente el tope de sus estrechas fronteras y escasa población. De ahí que nuestros problemas tengan una inflexión propia, específica, que impide "repetir" sin más los planteos que se hagan para Argentina, Brasil, incluso Chile. La extrapolación, lamentablemente, es una pendiente fácil. ¿Cómo no tener los mismos problemas si todos somos lo que se dice "subdesarrollados"? Pero la cosa no es tan sencilla. Siempre he sostenido que la verdadera industrialización uruguaya, la verdadera empresa nacional por la industria, estaba especialmente a cargo del proceso industrial argentino-brasileño. Esto me ha llevado a defender acérrimamente la lucha argentino-brasileña por la industrialización y ser a la vez en mi patria, firme partidario del desarrollo agropecuario. ¡A no confundir economía pastoril, rústica, con economía agropecuaria! La economía moderna agropecuaria se convierte necesariamente en un modo de industria. Es un delicado técnico, científico, actuar del hombre sobre la tierra y la biología. Éstas deben ser cada vez más no un "hecho natural" sino un producto del hombre, en ellas está incluida también la actividad, la inteligencia humana: deber ser algo así como "manufactura-fábrica vivientes". Lo que hay por hacer en el Uruguay al respecto es ilimitado.

Esta aparente paradoja choca con la rigidez de muchos esquemas, debido a una aplicación mecánica del concepto de "industrialización". Lo que es necesidad imperiosa para argentinos y brasileños, es par los uruguayos espejismo. La paradoja o distorsión radica en el fundamento mismo de la cuestión. Latinoamérica ha sido históricamente balcanizada, su independencia también fue desintegración nacional. Suponer que cada fragmento de Latinoamérica es un todo, una nación completa, es dejar las cosas al revés, aceptar como irremediamente consumado el status balcanizado. Hay una veintena de Estados latinoamericanos, pero una solo Nación. No es posible tolerar el equívoco de identificar Estado con Nación, equívoco que es congelar la situación de la dependencia. Que es repetir como micos las teorías europeas acerca del Estado, hijas de las unificaciones nacionales del viejo mundo en el siglo XIX. Ellos sí podrían identificar

¹ A. Peña Lillo, Editor S.R.L., Buenos Aires, Argentina, 1959.

Estado y Nación. Nosotros no. Somos múltiples patrias y una sola Nación. La historia corre en ese sentido, y nosotros debemos empujarla a correr más aun deshaciéndonos de prejuicios oriundos de la frustración consolidada.

Estas ideas me llevaron hace unos años, junto con Ares Pons y Reyes Abadie, fundar la revista "Nexo". Sosteníamos entonces que la gran tarea uruguaya debía ser la de un nexo, la de un vínculo íntimo, entre Brasil y Argentina. Que ese debía ser nuestro rol histórico actual. Nuestro ser fronterizo nos ponía en condiciones de comprender la importancia decisiva de uno y otro en el proceso de liberación nacional latinoamericano. Un firme entendimiento brasileño-argentino es la única base real y positiva del desarrollo y unidad latinoamericanos. Sin esto el resto de Latinoamérica está condenado a una serie intermitente, anárquica, de revoluciones suicidas y claudicaciones. Por ello, hoy como ayer, me preocupa la ínfima comunicación intelectual, política, económica, que existe entre Argentina y Brasil. Quienes deberían estar más cerca se desconocen empecinadamente. Prosiguen con inercias inconcientes heredadas de los conflictos del siglo pasado y que están afianzadas por la ignorancia mutua y la propaganda de los centros imperiales que nos hace mira el escenario mundial sin atender al hermano de al lado. Los procesos culturales argentino y brasileño corren por compartimentos estancos. ¡Unirlos es lo más importante para hacer hoy! ¡Un poco menos de París, Oxford o Heildelberg! No me cansaré de repetirlo: sin la conjunción argentino-brasileña no habrá Latinoamérica. Si no hay Latinoamérica, tampoco habrá Argentina y Brasil con rol protagónico alguno. Este tema clave da para mucho, pero ahora volvemos al Uruguay.

La crisis actual del país es profunda, pero creo que provisoriamente subsanable. Radica en una serie de factores conjugados. En el orden internacional la indudable retirada del Imperio Británico y la caída de los precios de las materias primas; en el orden interno la disminución del stock ganadero, el desastre de la industria frigorífica, el estanque motocultor de lanas, el atraso proporcional y generalizado de nuestra campaña, el avance del latifundio y la despoblación rural junto con un enorme aumento de la concentración urbana en Montevideo, las inversiones improductivas en construcción que devora la casi nula capitalización, la hipertrofia cada vez más acentuada e inepta de un aparato burocrático que absorbe la tercera parte de la población activa del país, la desmedida preponderancia de comerciantes sobre productores.

Así, la primera manifestación política importante de la crisis fue la abrumadora derrota del partido gobernante, de los "colorados", en las elecciones de 1958. Las razones de estos acontecimientos están, creo, totalmente explicadas en este ensayo. Fue la derrota de una presunta política industrializadora elaborada sobre una técnica electoral de "clientelas" a la romana que desmanteló la eficiencia del Estado y sobre el abandono de la base agropecuaria. Luis Batlle fue la expresión de estas contradicciones. Ascendió al poder en la "época de oro" de la post-guerra, y la crisis lo dejó indefenso. Y entiéndase bien esto: una cosa es arrancar del agro una plusvalía que luego se invierte en la industria, que puede echar las bases indispensables de la industria pesada, y otra muy distinta es la apropiación de esa plusvalía agropecuaria para diluirla en consumos inmediatos. Eso hizo el coloradismo batllista en su última etapa: más que industrializador fue consumidor. El primero en percibir la esencia de esta política fue mi compañero Pedoja Riet: con él y otros amigos hemos discutido durante años estos problemas. No hay duda que hacer, en un país dependiente, política para consumidores y no para productores" constituye un suicidio. "Lanza al país hacia una dependencia mayor, lo constituye en paraíso de comerciantes y especuladores que terminan exportando sus capitales. Así Batlle Berres se convirtió en el enterrador de un ciclo histórico secular.

La crisis actual del Uruguay será el principio ¡al fin! de un nuevo pensamiento político. Un pensamiento político realista, "pata en tierra", de cara a los problemas, sin recetas prefabricadas, y con la vista puesta en el grandioso horizonte latinoamericano, empresa y misión de las nuevas generaciones. Volver la mirada portuaria hacia la tierra americana, confiar en nuestros pueblos. Pero la autoconciencia común de la realidad es indispensable para todos nosotros, uruguayos, argentinos, brasileños, paraguayos, etc. De lo contrario seremos arrastrados por el curso ciego de las cosas. Hoy, una política nacional comienza por ser 'una política de la inteligencia, americana y popular.

Este ensayo fue escrito en vísperas de las elecciones uruguayas de 1958. Su centro de perspectivas es el "movimiento ruralista" de reciente aparición, y que es el ángulo desde donde mejor se perciben los caracteres de la crisis y la nueva situación histórica en la que entra el Uruguay. Nada tengo que rectificar, y sólo lo he actualizado y agregado algunas correcciones o notas para hacerlo accesible a lectores no uruguayos. Todo lo dicho está cada vez más en pie.

Introducción

Quien se asome a la vida histórica del Uruguay tiene un dato inicial que es una invitación a la humildad: se trata de una minúscula, pacífica y pretenciosa sociedad en medio de grandes potencias, espectadora marginal de los grandes dramas mundiales, víctima y usufructuaria de los vaivenes de la política y economía internacionales. Democrática y liberal aldea de la gran ciudad humana, con una política de minucias, prescindible, monótona; con relaciones exteriores altisonantes, respetada irónicamente por los visitantes y mirada como Utopía por algunas aldeas americanas vecinas. Un oasis de paz y de orden en un continente por demás convulso. En efecto, una esencial tranquilidad define la existencia nacional en el discurrir del siglo (la evolución de 1904 es epígono del siglo XIX y los golpes de estado posteriores terminaron como sacudones esporádicos en un remanso). Hoy las cosas están cambiando. Desde 1952, de manera paulatina, cansada, una crisis profunda ha comenzado a problematizar todas nuestras anejas seguridades. Una discordia apagada cala a fondo en la estructura misma del país y nos pone a todos en tren de replantear la situación desde su raíz.

El síntoma más aparente de la crisis es la confusión. No quiero decir que antes el Uruguay se viera a sí mismo claramente, pues ocurría lo contrario. Teníamos sí la realidad encubierta, pero no había ninguna necesidad de claridad. La claridad sobre el país no hubiera pasado de una molestia inútil e impertinente. Sólo la previa disconformidad vital con la situación que hoy afrontamos y que afecta de distintos modos, pero unánimemente, a todas las clases sociales, crea y funda la necesidad de claridad que nos deja más perplejos y forma una sensación retrospectiva de promiscuidad política. Hemos recorrido el itinerario desde "como el Uruguay no hay" hasta el escepticismo. Pareciera ya que todo estuviera desviado, sin vocación de deslindes. Que nadie fuera lo que dice ser. ¿Quién está frente a qué y a quién? ¿Dónde hay marcas y senderos? Por supuesto, senderos viables. La crisis ha agudizado la escisión entre las palabras y las cosas, ha cortado su cordón umbilical, y nos está dejando un gobierno de palabras desnutridas. Y como las palabras rectoras de una sociedad son las de la clase social rectora, que sub-sume el lenguaje propio de otros grupos sociales, esa decadencia se traduce primordialmente en que el resto de la sociedad sea incrédula, que perciba intensamente la discordia entre su lenguaje y la realidad. Y cuando la palabra se siente engañosa sólo va quedando violencia. En su umbral estamos. Pertenece entonces a una generación que vive al Uruguay mismo como problema, que no se conforma con lo ya hecho y que ajena a usuales rutinas, salvadoras, ha sido compelida a preguntarse radicalmente: ¿Qué diablos es todo esto? ¿Qué somos y nos ocurre como comunidad histórica? Sabemos sí que para los destinos del

hombre casi nada está en juego, pero para nosotros todo está en juego. Y, aunque sea sabiduría reconocer los límites, ello es más que suficiente.

Nos proponemos un objeto concreto: precisar qué es el nuevo ruralismo. Este tiene la ventaja de ser un fenómeno reciente, en desarrollo, que fue tomando incremento justamente con el ahondamiento de la crisis y que tiene una incidencia cada vez mayor en la vida nacional. Es, por tanto, una buena perspectiva para apreciar qué está sucediendo realmente con nuestro país. Al ruralismo, sin embargo, no lo podríamos entender aislado, en sí mismo, puesto que lo social no es "cosa" sino un proceso de interacciones, de interpenetración incesante, dialéctico. Por consiguiente es indispensable referir el ruralismo a la totalidad de la formación económico-social uruguaya e inscribir -someramente- esa totalidad en el proceso histórico mundial, pues es desde nuestra relación con la historia de "otros" que se pueden comprender las notas que definen a nuestra sociedad entera. Nuestro método será de anticipación y repetición. Anticiparemos los caracteres generales de la situación uruguaya, pasaremos luego al ruralismo y finalmente "repetiremos" en un plano más hondo el planteo inicial.

EL IMPERIO BRITÁNICO SE RETIRA

I. Tradicionalismo y escolástica

El Uruguay no hace historia, simplemente "está" en ella. Ese "estar" uruguayo se funda en, nuestra, condición de país dependiente y en las modalidades propias de esa dependencia dentro de la ya derruida estructura del Imperio Británico. El ser dependientes -desde nuestro origen mismo- nos coloca en una posición pasiva, receptiva, en lo que tiene que ver con las determinaciones fundamentales de nuestra sociedad. El Uruguay no ha sido el "actor", de sí mismo y cuando una sociedad no es actor, protagonista, la historia la trata como "objeto" y no como "sujeto". La historia no nos deja que la "hagamos", y ese nuestro ser "objeto" histórico ha echado las bases propias de la supervivencia de nuestro tradicionalismo y su corolario, la falta de "conciencia histórica".

El reverso interior de nuestra situación de país dependiente es el profundo conservadorismo de la sociedad uruguaya, que paradójicamente se ve a sí misma como la más avanzada de Latinoamérica. Pero, más allá de habituales y anodinas consignas de sabor "izquierdista" salta a la vista que es difícil encontrar en el continente otro ejemplo de estructuras tan afianzadas, rígidas y estables. Solo Colombia podía hasta hace pocos años -el asesinato de Gaitán- establecernos un parangón con sus "liberales" y "conservadores". Lo cierto es que desde hace más de un siglo el "tradicionalismo" blanco y colorado ha resistido y digerido todos los embates; sus cauces -aunque sinuosos- han permanecido, incluso hay quienes ven la historia uruguaya como una "coparticipación" permanente entre las dos alas tradicionales. El imperio del tradicionalismo va a la par de una conciencia histórica disminuida, oscurecida. Tradicionalismo e historicismo son dos polos contrarios en relación mutua inversamente, proporcional. El sentido histórico sólo es posible en sociedades que sufren variaciones sustanciales, que afrontan una crisis generalizada. El sentido de la historicidad es futurismo, novedad, incertidumbre, cambio, primacía de lo que aún no es. Lo tradicional, por el contrario, está conjugado con una esencial estabilidad, ofrece la del riesgo inherente a todo futuro, reduciéndolo de antemano a pasado. En una palabra, en lo tradicional se "está", es morada, en tanto la historia es un hacer incierto, un no tener "posada" y salir campo afuera.

Nuestro tradicionalismo tiene hondas raíces. Se origina en el cisma de la Guerra Grande en la contraposición entre el Montevideo de la Defensa y el Cerrito (1), arraiga en la vieja estructura semifeudal, con la primacía en las masas del "caudillismo" y lo emocional estético-heroico de la

existencia gaucha, anterior al proceso interno típicamente capitalista, a la "racionalidad" de la producción moderna. En su psicología social el Uruguay no se identificó plenamente con el sistema capitalista, que nos llegó de afuera y no habíamos contribuido a formar. Vivimos siempre en los aledaños del capitalismo, que implica predominio de las formas industriales de producción, de la gran empresa. De ahí que el viejo patriciado -también nuestra actual, burguesía- siempre tuviera añoranza, admiración indisimulada, por el mundo parco, práctico, eficiente, de los anglosajones. Nuestro capitalismo es intrínsecamente débil; aún un pionero de la nueva economía, Carlos Reyles(2), luego de escribir una gozosa y cínica "metafísica del oro" recaía al término de sus días en la nostalgia del "gaucho florido". Incluso el gran impacto inmigratorio de fines del siglo, pasado, y principios de éste no modifica esencialmente la situación. El inmigrante -español o italiano- provenía justamente de zonas europeas poco afectadas por la revolución industrial, y por eso se incorporó con facilidad a las tradiciones emocionales de nuestras divisas blancas y coloradas, que cumplieron el rol formidable, de la Integración nacional, de la configuración de un estilo común, de asegurar la duración histórica sin fisuras graves como sería el problema de minorías extranjeras enquistadas (3). El inmigrante vino sí a hacerse la "América", pero también con psicología pre-capitalista: se trataba más de "atesorar" que ser "empresario". Esta explica, por ejemplo, una desviación económica persistente: la inversión de grandes capitales en propiedad inmueble, el ideal generalizado de la "casa propia", en desmedro del incremento de bienes reproductivos. Claro está que no es ésta toda la explicación del fenómeno.

A su vez el tradicionalismo existencial de las masas tiene su reverso. En el orden de las ideologías, nuestra "inteligentia" vive una sucesión de "modas escolásticas". Entendámonos. La escolástica es una categoría histórica que apunta la cualidad del transplante, en el espacio y el tiempo, de ideas pensadas en función de una circunstancia, a otra circunstancia. Se produce así una "alineación", ideológica permanente de los países dependientes con respecto a sus centros dominadores que, dado el ritmo desigual de desarrollo, genera un desajuste entre ideología y realidad, trasmutando las ideas más en obstáculo que en descubrimiento. De ahí que nuestra intelectualidad piense más desde "soluciones" que desde problemas. Recibió sucesivamente los impactos del racionalismo de Cousin, del positivismo de Comte, del evolucionismo de Spencer, del socialismo de Marx, etc., pero deslizándose hacia lo "tópico". Un ejemplo dramático es el de Vaz Ferreira, el único filósofo uruguayo que, por lo menos en alguna de sus obras, quiso realizar el enorme quehacer de pensar directamente, pero quedó enredado en su lucha contra el tópico (denuncia de las "falacias verbo-ideológicas") y llegó exhausto al umbral de todos los problemas. Por querer pensar verdaderamente no pensó nada. Así, escolasticismo y tradicionalismo son un mismo fenómeno. Uno al nivel de la costumbre, otro al nivel de las ideas, pero en la comunidad de vivir ante todo desde un repertorio de soluciones, desde una obturación de los problemas. Esto radica, por supuesto, en las condiciones objetivas imperantes en nuestra sociedad.

II. El imperialismo inglés

¿Qué es lo que ha posibilitado el enmascaramiento de los problemas? El "estar" uruguayo en el Imperio Británico. Es indudable que no toda sociedad dependiente tiene un mero "estar" en el sistema dominante. Abundan casos contrarios. La sujeción inglesa arrasó y condenó al hambre a millones de artesanos hindúes, desmanteló comunidades primitivas, perturbó el curso de culturas secularmente configuradas. Nada de esto ocurrió con nosotros. Nacimos a la historia como "vaquería del mar" y en el Imperio continuamos siendo los mismos. La diferencia residía en un cambio cualitativo de un mismo fundamento económico. Pasamos del cuero, el cebo, luego el tasajo, al "chilled", de tal modo, que, el, imperialismo apareció simplemente como

"promoción" de formas de producción dentro de un mismo sendero. El impacto imperialista produjo entonces una conmoción mínima en nuestra estructura, se asentó sobre ella misma. No se cerraron altos hornos como en el Paraguay ni se terminó con una industria incipiente como en el interior argentino. En su conjunto, el imperialismo fue para nosotros más "progreso" que estancamiento. No comparto entonces la opinión de Vivían Trías (4) de que el imperialismo haya deformado patológicamente nuestras estructuras económicas, aunque eso sea válido en otras sociedades. El imperialismo consolidó las estructuras tradicionales, y permitió una holgura relativa. De ahí que el Uruguay no tuviera nunca una aguda conciencia "anti-imperialista", que nunca se sintiera asfixiado por su dependencia, que proclamara a todos los vientos su "ser libre. Además, el Uruguay pertenece al círculo de la "cultura occidental", en sus bases mismas comunica y se filia a sus dominadores y lógicamente no puede surgir un "nacionalismo" de la virulencia con que aparece en los países árabes, India, China, etc., cuya formación original no es occidental y que por tanto sienten todo el rigor de la contradicción. Nuestras contradicciones están amenguadas desde su raíz ¡y los problemas tienen la misma intensidad de las contradicciones!

El Uruguay moderno nace con el siglo. Confluyen cuatro factores: los frigoríficos y la Federación Rural, la inmigración y Batlle (5). Batlle sería incomprendible sin el arrabal inmigrante y la estancia empresa. El otro rostro de Batlle fue Manini Ríos (el batllismo no se entiende sin su conmixción con el "riverismo"), como Yrigoyen sería ininteligible sin Alvear. El "estatismo" de Batlle fue puramente adjetivo, no tocó nada fundamental y esto era el ensamble de nuestra producción ganadera con los ingleses. Nunca tocó el problema de la tierra y su disputa entibiada con los terratenientes fue más que nada en lo referente a la distribución de la renta nacional, pues tenía que solucionar de algún modo el crecimiento enorme de la población montevideana por la inmigración. Por ello el batllismo impulsó lógicamente a la industria liviana, todo giraba alrededor del consumidor. Creó en las masas urbanas más una mentalidad de consumidores que de productores (6). Y el estatismo mismo, la burocracia, es una salida en un país dependiente a la gente que no tiene acceso a las formas de producción esenciales, trabadas por el latifundio. Pero ese Uruguay que se asentó sobre el Frigorífico está cerrando su ciclo cuando los frigoríficos extranjeros se retiran. Esta retirada no es más que uno de los últimos estertores de nuestra inclusión en el Imperio Británico que estaba preparada por las nacionalizaciones (ferrocarriles, tranvías, aguas corrientes) de post-guerra. A los ingleses no los echamos -tarea desmedida- ¡se nos van! Aquí llegamos al nudo gordiano de nuestra crisis. A partir de la segunda guerra mundial (para ser exactos, 1941, año en que las importaciones norteamericanas superan a las inglesas; el golpe de Baldomir y la etapa de transacción anglo-norteamericana que significó Amézaga (7), comenzamos a independizarnos de la órbita económica inglesa. Este fenómeno no se produce - como en la Argentina- merced al desarrollo propio del país, a un dinamismo positivamente liberador, sino sólo al lento, persistente declinar de la ballena británica en todo el ámbito mundial. Es el ocaso del primer capitalismo: 1914 es una fecha fatal para su hegemonía; desde entonces se suceden una serie de victorias pírricas y de retiradas honrosas. Toda la periferia imperial se autonomiza en diferentes grados, y el capital inglés cede su paso ya parsimonioso, al impetuoso, contradictorio andar del Tío Sam.

El sucesor norteamericano no es el magnífico y estable regulador de nuestra economía como lo fue el inglés. La economía uruguaya desde la independencia fue paulatinamente configurada por las exigencias del mercado inglés, nuestro cerebro era la City, levantada sobre la revolución industrial asentada sobre el carbón. Nuestra producción y exportación, salvo alguna interferencia francesa o alemana, era imagen de las necesidades de Gran Bretaña. Sus carriles fueron seguros, persuasivos y hasta, si se quiere, liberales. Nos dejaron en paz, por lo menos a

partir de la Triple Alianza, y se reservaron resolver por nosotros los problemas económicos. Y esto es lo que ha dejado de ser.

Ahora estamos, o padecemos, la inserción en el área del dólar, que no nos otorga ninguna de las ventajas que otrora nos garantizaba la libra esterlina. Los Estados Unidos nos necesitan para la seguridad política continental, su retaguardia; limitan nuestros movimientos comerciales (países de "área del rublo") en función de la coherencia del sistema panamericano, a la protección en general de su gran reserva de materia prima latinoamericana. No nos asegura una supervivencia holgada; nuestras materias exportables no le son imprescindibles, sólo le prestan utilidad en momentos críticos, (Corea). Otra cosa muy distinta ocurre con el cobre chileno, el estaño boliviano, el petróleo venezolano o paraguayo, etc. Estamos pues dentro de una órbita imperial en función a necesidades geopolíticas pero no económicas. El mercado norteamericano no está esencialmente interesado en nuestros productos -incluso es competitivo-, no hay una ajustada correspondencia comercial, y en la realidad hemos sido arrojados a los azares del mercado mundial. El Uruguay, desconcertado, inexperto, se descubre insignificante a la intemperie del mercado mundial, sin la cálida protección inglesa. No ha existido una adecuada sustitución de mercados -y de imperios- y hoy nos vemos arrojados a golpear en todas las puertas, sin poderío, como en el tiempo de los abuelos recorrían los turcos mercachifles las haciendas.

Como era inevitable, ese cambio total de condiciones debía sentirse en todos los órdenes de la vida uruguaya. En la crisis de los partidos, tradicionales, en la pequeña burguesía urbana, en los sindicatos. Pero el punto más sensible tenía que ser lógicamente la agropecuaria, nuestro sostén. Ella es la que sufre más directamente el impacto y las incertidumbres de la pérdida de la "pax britannica", y de ahí el surgimiento contemporáneo de la Liga Federal, que agrupa a las clases medias rurales que sienten su existencia puesta en peligro.

Notas:

(1) En realidad, el origen de "blancos y colorados", se remonta a la presidencia de Oribe y la guerra civil desencadenada por su Comandante General de la Campaña, Frutos Rivera. En la batalla de Carpintería (1836) las fuerzas de Oribe llevaban una divisa blanca; las de Rivera la colorada (por ser un color firme común en telas para forrar ponchos). Esta guerra civil es el prolegómeno a la Guerra Grande. Oribe se alía a Rosas en réplica al entendimiento de Rivera con unitarios y franceses.

(2) Carlos Reyles, descendiente de un soldado Raleigh que quedó en el país en el tiempo de las Invasiones Inglesas (1806), es uno de los principales escritores" de la generación del 900 uruguaya. Estanciero progresista, inspirador de la Federación Rural y portavoz de un capitalismo agropecuario, terminó, sin embargo, dilapidando su fortuna en una vida viajera y disipada. En su vejez añora los buenos tiempos de la estancia cimarrona.

(3) En líneas generales, la inmigración italiana se hizo "colorada" y la española "blanca". Pero el asimilador principal fue Batlle. Por el Puerto llegaron miles de inmigrantes. Un pueblo que era pueblo pero no nacional. Batlle pudo interpretarlo pues provenía de la tradición menos nacional, del cosmopolitismo de la Defensa de Montevideo, y por ello tuvo el rol histórico de comprender y encarnar, dentro de la vida del país, al cosmopolitismo forzado, desgraciado, del inmigrante. La sabiduría de Batlle, la sabiduría nacional de Batlle, fue no romper con el Partido Colorado, sino hacerlo camino de la inmigración más numerosa.

(4) Vivían Trías representa el surgimiento de la "izquierda nacional" dentro del viejo socialismo de Frugoni, la cara uruguaya de Juan B. Justo. El antecedente histórico, no reconocido, de esta izquierda nacional uruguaya está en Servando Cuadro, antiguo expulsado del Partido de Frugoni. La soledad de Cuadro, sin embargo, tuvo vástagos, por ejemplo: la revista Nexo y posteriormente la "Agrupación Nuevas Bases", promisor movimiento de revisión histórica y política de tendencia nacional. Se funda luego de las elecciones de 1958.

(5) Este sistema de factores está liquidado, en 1958. Los Frigoríficos casi parados, o sea las viejas exportaciones de carne sustituidas por la lana; la Federación Rural, órgano de la "aristocracia terrateniente", montada sobre novillos, desplazada por la Liga Federal, sostenida por laneros y agricultores; la inmigración nacionalizada y la "pampa gringa" uruguaya vira de sus tradiciones batllistas hacia la conjunción Herrera-Nardone.

(6) Batlle y Ordóñez es el principal constructor del Uruguay moderno; Creó mecanismos de distribución de la renta nacional y nacionalizó servicios públicos. Objetivamente, sin fuerza para enfrentar el todopoderoso ensamble entre el imperialismo inglés, los frigoríficos y la Federación Rural, se apoyó en el imperialismo norteamericano que iniciaba su marcha sobre Latinoamérica y fue "panamericanista". En el orden interno, Batlle siguió los planteos políticos de Henry George, de gran predicamento en el Río de la Plata en las dos primeras décadas, del siglo XX. Vaz Ferreira sintetiza así el pensamiento de Henry George: "La tierra debería ser de todos. Pero no se puede repartir ni conviene prácticamente. Por consiguiente, dejémosla en poder de algunos; pero, a esos que monopolizan, cobrémosle". Tal la esencia de la política de Batlle con el latifundio. El mismo Vaz Ferreira en su obra Sobre la Propiedad de la Tierra, apunta la lógica de ese proceso: "el georgismo habría resultado un impuesto «urbista», en el sentido de hacer crecer y prosperar las ciudades". El mecanismo de Batlle funcionó varias décadas pero crea los nuevos problemas de que hablaremos en el Capítulo IV. Es incontrovertible que Batlle logró una solución a su tiempo y situación, factor decisivo de la paz civil y social uruguaya. Los efectos de esas soluciones son hoy nuestro problema. ¡Y está bien: a cada generación sus tareas propias, en la historia no hay soluciones eternas! Cuando nosotros decimos -siguiendo a Pedoja Riet- que Batlle crea una mentalidad de consumidores, es desde una óptica actual, pero debemos agregar: quizás fue lo mejor que pudo hacerse en su época.

(7) La Gran Depresión trajo en crisis general en Latinoamérica de efectos dispares: termina con la oligarquía republicana de los fazendeiros en Brasil, abriendo el camino a Getulio Vargas y liquida en Argentina el gobierno popular de Yrigoyen. En Uruguay es la primera fisura del Estado liberal democrático. El Golpe de marzo de 1933 arrasa con el Colegiado. Siguen años de enervamiento político y en el Golpe de febrero de 1942, el general Baldomir abre las puertas a la "restauración democrática". El proceso restaurador de la "edad de oro", de tres décadas atrás, culmina en 1952 con la vuelta al Colegiado. Pero en 1952, se iniciaba la nueva crisis. Amézaga (1942-1946) es el presidente que inicia la restauración, una especie análoga al presidente Ortiz argentino.

LA CAMPAÑA URUGUAYA

Es tradicional que la política sea oficio y determinación de las ciudades. Desde los tiempos del Virreinato, con la Junta de Hacendados y luego, bajo la República, con la Asociación Rural (1870) y la Federación Rural (1915), se dio siempre la mixtura de "terratenientes ciudadanos", que fueron justamente el alma del viejo Patriciado. El Patriciado nunca fue estrictamente ni feudalismo ni burguesía, sino un híbrido entre ambos. Como clase dominante de un país dependiente, ligada íntimamente al comercio exportador y a los Frigoríficos posteriormente,

tuvo una ideología político-económica propia de la burguesía industrial inglesa en su apogeo, o sea el liberalismo. Era una clase dominante de un país dominado, y ensamblaba perfectamente con el libre cambio de un Ricardo o Bastiat, a pesar de su raíz rural y no burguesa. Nada tiene que ver entonces con el ultramontanismo de las aristocracias europeas que en su lucha con el sector industrial eran incluso proteccionistas. El Patriado fue durante todo el siglo XIX la columna vertebral del Uruguay, y esa situación sufrirá una gran modificación política a principios de este siglo con la inmigración. Ésta se agolpa en los arrabales, impulsa las reivindicaciones sociales de Batlle, pero otra gran parte formó y consolidó el cinturón agrícola de Montevideo. La clase media rural se fue fortaleciendo en el curso de las últimas décadas, si bien carente de expresión típica, propia. Los coletazos de crisis experimentados en 1922, 1932, que recaían lógicamente sobre el proletariado urbano y la clase media rural, tomaban a ésta siempre en el desamparo. Incapaz aún de formar sus órganos de expresión, sufría el impacto sin "alzamientos sociales" (huelgas, manifestaciones, etc.) sino que iba a una suma inconexa de ruinas individuales, que pasaban públicamente desapercibidas.

I. Mundo rural y economía

Las masas rurales se han caracterizado por su actitud refleja, de reacción, ante acontecimientos que les "llegan" y no "hacen". Son el colmo del "estar". Muchos factores se congregaron para dar razón de tal hecho. La dificultad de una acción colectiva es esencial. Produce una serie de movimientos locales, nunca globales. De ahí lo indirecto de su presión entre los poderes públicos, que residen y están amurallados en las ciudades. Los campesinos están dispersos, invisibles como masa, como "fuerza social". No se sabe que hayan tomado ninguna Bastilla. Lo propio de los mundos rurales es la "guerrilla", la montonera, la "guerra de recursos". No tienen capacidad de dar, sintetizándose, una sola batalla decisiva, pero pueden "sitiar" hostilizando al adversario en sus provisiones. En suma: guerra defensiva, política defensiva.

La acción campesina es silenciosa, cavilosa. Sus reacciones son lentas, de difícil coordinación. Además, los recuerdos y fidelidades le traban la percepción despejada del futuro. El campo ha sufrido en la historia moderna de un perpetuo anacronismo; va siempre un paso atrás de los hechos. A lo más, se ha logrado "empujarle" en coyunturas críticas, como ha ocurrido en varias revoluciones sociales de este siglo. En nuestro país, la poca intensidad de la sociabilidad rural, la índole de actividades agropecuarias, facilita la soledad, la parquedad, la primacía de la memoria. Se tiene tiempo para sopesar cosas dichas y oídas, puesto que las relaciones dejan un natural intervalo a solas, sin el bombardeo ininterrumpido de palabras que implica la vida urbana. El diálogo campesino va al tranco, pausado, venciendo el silencio; el ciudadano tiene que recortarse, recogerse, de la habladuría permanente para alcanzar la intimidad. La propaganda tiene que ser estridente, dominar y destacarse entre el ruido; en el campo tiene que colarse con suavidad, madurar sin perturbar los silencios, tener la paciencia del turno de cada estación, sin la uniformidad y la impaciencia de las máquinas que si no se mueven siempre al máximo fracasan. El descanso de las máquinas y las ciudades es fatal, o diversión. El descanso en el campo sólo por accidente es diversión y se confunde con esperas necesarias. Su desajuste con la "actualidad", la falta de información, su dispersión, le empujaban al paladeo del recuerdo, como en los payadores y los viejos narradores. El ámbito histórico de los campesinos -a pesar de sus desgracias- tenía algo de fantasmal y añejo, de acogedor, pues hay una magia propia de las ausencias retomadas, contadas. Hay una poesía inherente a la memoria. De ahí el arraigo y la espontaneidad de lo "blanco" y lo "colorado", que constituyen el fondo épico de nuestra historia. . Es que la memoria fundamental de los pueblos es épica. Sin épica propia no hay pueblo

original. Por eso el campesinado es fuente "nacional" por excelencia de los pueblos, la vida enraizada en las tradiciones vividas, el gran asimilador.

Además, la economía campesina ha sido relativamente poco propicia para la empresa típicamente capitalista. Si el capitalismo se generó en las ciudades, si los bancos proliferaron en las urbes, hay razones estructurales que hacen del medio agropecuario reacio a tal sistema. Es que las condiciones indispensables para el buen funcionamiento de la empresa, célula del capitalismo, que son el diagnóstico exacto de la situación económica, un plan de acción racional, un imperio del "cálculo" en función a que las combinaciones de precios den la máxima rentabilidad según las probabilidades del mercado, no se cumplen perfectamente en la agropecuaria. Si bien podemos reconocer que el mercado tiene algo de "irracional", lo cierto es que la empresa capitalista no es tan sin una organización extremadamente racional en pos del "lucro", y la mejor empresa agropecuaria no puede compararse ni a un pálido reflejo de lo que puede lograr en ese sentido la más rudimentaria empresa manufacturera. La economía agropecuaria no es puramente-lucrativa, porque si bien el tipo de empresa capitalista se realiza, se cumple bastante bien en los terratenientes, que no en vano se adelantaron y fundaron hace varias décadas la Federación Rural, y hace una década proliferan en sociedades anónimas y más cerca de nosotros, en las empresas arroceras y azucareras (donde aparece un nuevo tipo de explotación y de proletariado rural concentrado); la gran masa de pequeños y medianos productores no actúa exclusivamente en función del mercado. Conservan mucho de explotación familiar, en que una parte del producido va a la satisfacción de su propio consumo. Pero esto no es tampoco lo más importante. Lo decisivo es que la explotación agropecuaria tiene un ritmo que no es maleable a voluntad. Podemos acelerar la construcción de un edificio de manera apreciable, pero no podemos comprimir el tiempo para obtener el trigo. Los factores naturales juegan un rol más importante que en la ciudad. Las lluvias, sequías, plagas, etc., son irracionales que asaltan de improviso e introducen un alea mucho mayor que en cualquier industria. Además, hay una complejidad insuperable puesto que, por razones técnicas, en especial en la agricultura y las explotaciones mixtas, se hace necesaria la alternancia de cultivos, se impone una diversificación que no puede "uniformarse", es decir, "cuantificarse" fácilmente. Y no se hable con frivolidad de la "maquinización" agropecuaria, por cuanto las máquinas no pueden utilizarse de modo intensivo y permanente, están sujetas a ritmos estacionales y se inmoviliza el utilaje, cosa que hace onerosa la amortización. En suma, la estructura misma de la producción agropecuaria es difícil de racionalizar, y por ende hay una irremediable imprecisión contable. En su conjunto, los costos agropecuarios terminan en el misterio, dada la variabilidad e incertidumbre de los factores (incluso la gran heterogeneidad de los suelos uruguayos desde el punto de vista físico). El margen de lo que escapa al dominio del hombre es mayor que en las industrias urbanas. Esta situación económica hace que el campesino no esté integrado completamente al capitalismo, a su psicología; Que conserve con tenacidad memorias del viejo mundo semifeudal de la estancia cimarrona o las emociones de las divisas tradicionales, y toda una constelación de valores que no cejan al impacto de lo calculable.

II. Movimiento y Radio

Sin embargo, hoy estamos frente al más sorprendente fenómeno rural. Algo que no tiene precedentes en nuestra historia. Ese fenómeno se objetiviza y documenta a través del surgimiento público de la Liga Federal (8). Las notas singulares que la caracterizan significan una verdadera revolución psicológica en nuestra campana. En efecto, es por medio de esta institución que las clases medias rurales han iniciado una nueva etapa de su vida, han iniciado el tránsito hacia otras formas sociales y políticas. En vez de limitarse a reivindicaciones

inmediatas, avanzan sobre el terreno nacional, en búsqueda de una futura reestructuración general del país. A primera vista no puede menos que sorprender ese "futurismo" rural. No hay política auténtica, política que quiere adelantarse a los 'acontecimientos, sin un proyecto -que cabalga sobre esos mismos acontecimientos- que abra el futuro. ¿Cómo es esto posible si el campo es naturalmente tradicional? ¿Si tiene una propensión a la inercia, a "estar"? A esta pregunta fundamental para entender lo que ocurre hoy de importancia en el Uruguay es que debemos responder. Y para hacerlo es necesario comprender la significación profunda de la Liga Federal y del hombre representativo que encarna esta nueva Situación, Benito Nardone. Haremos una exposición circular: desde algunos rasgos internos del movimiento rural haciendo referencia a los factores internacionales retornaremos luego a la dinámica política actual.

¿Cuál es el rasgo primero, más visible, de la Liga Federal? El de realizar una movilización permanente, continua. El de un dinamismo incansable. Hace ya una década, en todos los rincones de nuestra campaña, el mundo rural se congrega, se asocia, se conoce, entra en combustión y acelera su sociabilidad, multiplica sus contactos. Es que el ruralismo sólo puede tomar conciencia de sí, moviéndose. Los hombres de cada pago han abandonado su natural fijeza (el viejo nomadismo gaucho murió en los alambrados), se desplazan. Han caminado de un departamento a otro, de un pueblo a otro, atravesando y descubriendo el país en todas direcciones, han trabado relación, se han dado confianza mutua y, lo que es más importante, se han "visto" a sí mismos como multitud, como unidad. Por consiguiente, se saben ya, y por primera vez, "fuerza social". No lo sabían antes, cuando sus vidas transcurrían en el límite de su pago, y sus salidas eran rumbo a Montevideo, donde se encontraban inhibidos, desorientados, en una densidad humana extraña: "pajuerano". Ahora-también se conocen como densidad humana específica. Para formar el nuevo ruralismo, las clases medias han debido vencer al enemigo primordial: la distancia, el espacio. Para que el ruralismo se constituyera, tenía que vencer los "lugares", la fijeza espontánea del campesino. Para unirlos había que comunicarlos, para comunicarlos había que moverlos. El movimiento es esencial a la Liga Federal, sin él no habría ruralismo posible.

En la ciudad, la comunicación es hasta forzada, es una situación natural. En el campo no, hay que producirla, crearla en cada momento. La Liga Federal es esto, la producción incesante de la sociabilidad global de nuestra campaña. En la ciudad la comunicación es un dato, en el campo un esfuerzo. En la primera basta con "dejarse ir", en la segunda es necesario "ir contramano". Y como la Liga Federal es el centro de esa creación de sociabilidad rural, la adhesión que suscita no es ante todo "ideológica", es algo más profundo, se confunde con el símbolo y la expresión del nuevo "hombre social" que va descubriendo y haciendo nuestro paisano. Debemos, pues, dar, razón de ese movimiento. ¿Cómo se puso en marcha? ¿Cuál fue el primer "tinquíazo"? ¿Qué condiciones la posibilitaron?

El hecho de más relieve que está en el origen del nuevo ruralismo, del movimiento que requiere para constituirse en "fuerza social", es la Radio. La Radio, como el medio más poderoso de la "urbanización" de nuestra campaña, que remata la brecha abierta por las carreteras, la prensa, etc. La Radio Rural es, en particular, el mello por antonomasia de la unificación del ruralismo. La radio en este caso, no es un medio entre otros, un medio sustituible por otro, intercambiable. Por el contrario, la radio fue y es el instrumento necesario, imprescindible, para la constitución del ruralismo. La razón de su necesidad radica en su índole técnica. Hace ya más de una década Nardone y Bordaberry comprendieron su importancia, vislumbraron sus posibilidades históricas y fundaron la Radio Rural, cuyo nombre mismo indica la exacta percepción de la revolución rural

que implicaba la nueva técnica de la radiodifusión. Y decidieron hacer un uso conciente, intencional, del poder de esa nueva técnica.

Recién hoy, a treinta años de su vigencia, se puede entender la dimensión de la repercusión de la radio. En el aspecto que nos atañe, la radio salta, abrevia, cicatriza, la diferencia secular entre el campesinado y el medio urbano. Destruye y supera los desacompañados ritmos históricos de campesino y ciudadano. (No por supuesto del "terrateniente ciudadano", figura singular de nuestra historia.) Y es por medio de la técnica radiodifusora que los mundos rurales ingresan definitivamente en la historia contemporánea. El cisma de la ciudad y el campo comienza a esfumarse. Los campesinos, como hemos dicho, se habían caracterizado hasta hoy por un fatal, anacronismo. Pero la radio ha saltado todas las distancias y ha dado jaque mate a todo anacronismo. Ya no importan los malos caminos, las lluvias, las inclemencias, el analfabetismo. La radio llega instantáneamente al lugar más seguro: la casa. Se instala en el centro mismo de la sociabilidad campesina que es la familia. La informa, la tiene "al día", le hace compartir la vida ciudadana y mundial. Llega con la misma rapidez al café de la esquina que al último rancho de Tacuarembó. Todos los campesinos se enteran simultáneamente de los hechos, ya no hay diferencia con la ciudad, con sus consignas y cuchicheos. La radio tiene algo de "sobrenatural", es la superación más perfecta de la Naturaleza como resistencia en el mundo rural. Se mete derechamente en el corazón de la vida familiar sin intermediarios. Es la "cura" que tiene a mano, la soledad campesina. Así la radio abraza con su "publicidad" la intimidad privada del campesino. De tal manera la radio aparece como la condición de la vida política del ruralismo. La radio, en cuanto a contenidos expresos, es como toda técnica: indiferente. Interesa como vehículo de tales o cuales contenidos. Sin la radio el ruralismo sería incomprensible, pero la radio no explica todo el ruralismo. Nos hace sí, ver cómo tenía que actuar quien se erigiera en su intérprete. Nos hace entender el significado y la necesidad de un "speaker", de un hombre que supiera usar el micrófono, para que las posibilidades de la radiodifusión en el mundo rural, se pusieran de manifiesto. Que Nardone, conductor e inspirador del nuevo ruralismo, tomara como instrumento privilegiado a la radio no es un accidente sino una necesidad. Hoy, su audición "Progreso, Verdad y Trabajo" es el centro imponderable de la unificación cotidiana del ruralismo(9). Sin embargo, la razón del ruralismo tenemos que encontrarla en su unidad "real".

III. Mercado y traslación de renta

Si el rasgo del campesinado es la dispersión, ¿dónde encontrar su unidad? ¿Cómo se le podía mostrar para que se movilizara? La respuesta es clara: la unidad está en el terreno económico, en el mercado, en los precios. La acción de Nardone, centrada desde sus comienzos en la "claridad del mercado", nos pone en la pista. La lucha de Nardone bajo el signo de la transparencia del mercado, su rol de información veraz, es la piedra de toque del nuevo ruralismo.

La evaluación de los productos, de cualquier bien, se hace en la economía capitalista, en esta compleja sociedad de la división extrema del trabajo, a través del mercado. Al mercado podemos considerarlo como el "espacio económico" (ya no es más lugar) para cualquier bien o servicio, por el conjunto de ofertas y demandas que conciernen a tales o cuales bienes. En ese mercado, en el proceso de cambios realizado a través de la moneda y los precios, se efectúa la evaluación del producto. El mercado es el centro de las relaciones monetarias, de cálculos en moneda, que interesan a tales o cuales bienes. Y justamente, en la unidad común del precio, en la generalidad de los precios, es que encontramos la "unidad de interés" del mundo agropecuario. El ruralismo se unifica en la universalidad de los precios. El productor lanero de Cerro Largo se "identifica" con el de Salto en la identidad del precio y así sucesivamente en los diversos renglones y sus

respectivos grupos sociales. Los rurales se reencuentran, se unen y comunican en la comunidad de interés que es objetivamente "comunidad de precios". La información debe estar sincronizada, para que haya una acción sincronizada, simultánea. La radio cumple esa función.

Todo esto da la impresión de algo elemental, obvio. Sin embargo, en una sociedad de intercambios tan complejos, el mundo rural tenía nociones vagas, oscuras, incluso despreocupadas de la realidad del mercado. Jamás tuvo una comprensión clara de sus mecanismos y formas, de los modos de determinación de los precios, del juego de poder de las empresas y países. Para el campesino los precios parecían ajenos a toda humanidad, daban la sensación de moverse por sí mismos, eran como una fatalidad, hoy acogedora, mañana desventurada. La verdad es que el campesinado nunca se había incorporado plenamente al mundo capitalista, a su psicología y exigencias. Como es lógico, fueron los terratenientes los primeros en tener en cuenta la situación, pero los verdaderos usufructuarios eran los barraqueros y exportadores, filiales de trusts internacionales. Por eso el choque primero del nuevo ruralismo fue con la Cámara Mercantil, donde aparecieron los primeros perjudicados de esa prédica de esclarecimiento, que terminó con la confianza ingenua e ignorante del productor medio con el "intermediario", vinculado en un país dependiente a los grandes intereses de los centros manufactureros. La lucha por la claridad del mercado fue un modo lateral de "anti-imperialismo", más efectivo que declamaciones abstractas, en un país, que depende íntegramente de la defensa de los precios agropecuarios. La paulatina "clarificación de los mercados" -hoy cualquier paisano sabe de Boston, Sidney, Bradford, Roubaix, etc.- significa el descubrimiento de la unidad antes oculta, es el primer paso -para configurar un poder consciente de las clases medias rurales, que sabe ahora que los precios salen del "regateo", que el "cambio" es "lucha de precios", de grupos sociales y de países. A través del mercado, el ruralismo encuentra que los precios son en realidad una transacción entre probabilidades de lucha, de presión social. Y nos acercamos a la médula del asunto: el problema monetario. No es un azar que toda la política del ruralismo tome forma alrededor de la moneda. Es que las manipulaciones con la moneda son el eje del régimen actual, su centro vital. Y el mundo rural lo ha sentido a medida que el país se apoyaba cada vez más sobre la fuente de divisas agropecuarias, a medida que la "quita" que otros grupos económicos le hacían a través de las "diferencias de cambio", se acentuaba.

Este problema se arrastra desde lejos. Las fisuras de que se alimenta la actual crisis tiene larga data. Una grieta soterrada ha ido minando las bases mismas del país. Nos es inevitable entonces un salto atrás en la exposición. La gran crisis mundial del capitalismo de 1929-1932 es el punto crucial, y sus resquebrajamientos iluminan la situación. Así, el primero en denunciarlo con precisión, allá por 1930, fue Martínez Lamas en su tan mentado y desconocido libro "Riqueza y pobreza del Uruguay". Esta obra, que es lo más serio que se haya escrito sobre la realidad nacional en la primera mitad del siglo XX, apunta con exactitud los términos del problema a que nos vemos afrontados. Es una obra que, no por azar, ha tenido un destino curioso. Ha sido respetada y olvidada. No ha tenido una real incidencia política, reduciéndose a una resonancia puramente intelectual en círculos limitados que percibieron su verdad, encogieron sus hombros y siguieron adelante "como si" no se hubiera visto nada. Hay, sin duda, profundas razones sociológicas y económicas para que "Riqueza y pobreza" fuera acorralada en un simple testimonio personal, socialmente mudo. Aún no existían clases medias rurales numerosas y conscientes. La misma estructura viciosa que denunciaba, la misma estructura que señalaba como abocándose a la contradicción (que "venturosos" sucesos internacionales, como ser las guerras, han postergado en su estallido) se encargó de silenciarlo. Envolvió a Martínez Lamas en el áurea de un respeto anodino (10). ¿Qué decía entonces Martínez Lamas? Una cosa muy

sencilla, pero que no tenía asidero en los grupos sociales predominantes o con mayor capacidad de presión. Decía: si el eje de la vida económica del Uruguay es la agropecuaria, si sus exportaciones millonarias son el oxígeno de toda la vida económica nacional, un espectador desprevenido supondría que nuestra agropecuaria estaría en plena prosperidad y progreso. Que la mayor parte de esa generación formidable de capital revertiría sobre la agropecuaria desarrollando sus modos de producción, modificando beneficiosamente las relaciones de producción, su técnica, su nivel de vida. Que la población sé hubiese afianzado e incluso incrementado, pues es notorio que nuestra campaña está gravemente despoblada. Que la campaña sería el emporio de la vida nacional, ya que tanta riqueza tenía en sus vientres y tierras. Pero, y esa es la paradoja aparente, ocurría lo contrario. El espectáculo es inverso. Una campaña despoblada que sigue despoblándose en términos relativos al crecimiento urbano, el latifundio en expansión, los métodos técnicos reservados para una élite de cabañeros y los poderosos - algunos-, pero el pequeño y mediano productor languideciendo sin horizontes, con una existencia precaria, en la incultura forzosa. Con "pueblos de ratas" en incremento. En suma, una campaña que se desangraba en la rutina, en esfuerzos individuales heroicos pero sin trascendencia general, política y que expulsaba de continuo a su gente hacia los pueblos, la capital, o los reducía a un miserable "lumpen-proletario" a la vera de toda vida económica.

¿Cómo es esto posible?, preguntaba ya entonces Martínez Lamas. La respuesta era y es sencilla: la gran masa de capital producido es retenido por Montevideo, la "bomba de succión". Lo que no vio Martínez Lamas fue el rol de las "fuerzas sociales" que de los innumerables intermediarios, consignatarios, barraqueros y exportadores, que especulaban con el desconocimiento del mercado por los rurales. Eran carriles para la "traslación" de la renta a los centros urbanos (y, por supuesto, al exterior). La capital absorbía gran parte de la "plusvalía" del trabajo rural y de tal modo obtuvo un alto nivel de vida sin sacrificios profundos. Así, se hizo justicia social ciudadana y no nacional, así se montaron las industrias livianas y se hicieron enormes y suicidas inversiones en bienes inmuebles. Así se explica que, a diferencia del proceso de industrialización europeo y ruso, que se hizo en gran parte sobre la explotación de las masas obreras, aquí en el Uruguay, la industrialización fuera simultánea al desarrollo de la legislación social. ¿Cómo se aguantaba el alto standard ciudadano? ¿Cómo se efectuaba la acumulación de capital? Haciendo una quita a la campaña que, demás está decir, no perjudicaba a los poderosos sino a los humildes. ¿Cuáles eran entonces los efectos fatales de ese proceso? Que Montevideo creció en forma desmedida, patológica, que se convirtió en el foco de atracción irresistible. Que la agropecuaria se detenía proporcionalmente y su producción se estancaba y sus métodos no se renovaban en profundidad (11).

Pero en la crisis del capitalismo de 1931 se agrega un nuevo factor. Se cierra el ciclo librecambista anterior (Batlle hizo sólo proteccionismo aduanero) y aparece el Contralor de Cambios. La economía mundial estaba deshecha, y los países se encogían al "dirigismo" riguroso. Era el fin definitivo del liberalismo. Desde 1938 aparecen los "beneficios" de cambio. Estos surgen de la diferencia entre la compra y la venta del "cambio dirigido", las cotizaciones oficialmente preestablecidas. Y la diferencia entre las exportaciones e importaciones fijada en un 25 % (1.519 a 1.898 en relación al dólar, que desplaza ya a la libra esterlina y al franco). Así, la quita sobre la agropecuaria no se hace ya sólo por vía de "fuerzas sociales" (molineros, intermediarios, etc.), sino que se "oficializa", se hace política de Estado, que no elimina por cierto las otras modalidades de "traslación". Esta situación se prolonga durante toda la guerra mundial y llega a su paroxismo en 1949, con la regulación de la "cuota individual" y el requisito de "antigüedad" exigido en el Contralor, que consolidaba al sector cada vez más poderoso de los importadores. Este sector de la burguesía capitalina, con diferencias de cambio a favor, con

virtual monopolio de las cuotas, congelaba sin competencias, su status, y tenía campo libre para la imposición de precios en el mercado interno (12).

Este es el momento preciso del surgimiento de la Liga Federal (1950) con un triple frente: la Federación Rural (los grandes terratenientes), la Cámara Mercantil y el monopolismo de los importadores a través del Contralor.

Hemos visto pues cómo nace la Liga Federal en función de la radio, el mercado y la "urbanización" de las clases medias rurales. Nos falta empero su definición concreta en las relaciones con otros grupos sociales, cómo su dinamismo configura su estructura e ideología, cómo va planteando su estrategia y sus movimientos tácticos.

Notas:

(8) La Liga Federal es una confederación de agremiaciones rurales, en que las clases medias rurales se han congregado desde 1950.

(9) El hecho de la radio muestra además las singulares condiciones históricas del campesinado uruguayo, que pertenece a una región geográfica relativamente pequeña y casi totalmente electrificada a partir de 1945 con la Represa de Río Negro. Esto acentúa su carácter "urbano".

(10) Incluso no siempre fue así. Cuando hizo su publicación, en la euforia satisfecha del Centenario, en el apoteosis futbolístico, en el aceite de la concordancia apacible de la Constitución del 19, en la culminación de la "gran ilusión" de la década del veinte al treinta de una democracia política y social que se sintió así misma inmortal e imperecedera, resolución armónica de toda contradicción posible, algunos arrojaron piedras contra los escaparates de las librerías que exhibían la obra de Martínez Lamas. Es que no era momento de oír un Casandra impertinente, un profeta de futuros inciertos, un "aguafiestas" inoportuno aunque tuviera un estilo amable y sin estridencias.

(11) Martínez Lamas es el primero en señalar los vicios, de la lógica del sistema "georgista" de Batlle. Claro que no puramente georgista, pues la apropiación de la plus valía arruinaba a las clases medias rurales y no a los terratenientes, generalmente vinculados a barraqueros, acopladores y banqueros que hacían su "georgismo" casero, para beneficio propio.

(12) Bajo, el amparo de una presunta política de industrialización, se fortificó al sector importador y comercial de la burguesía capitalina. Una cosa es un IAPI en Argentina y otra en Uruguay. En la primera hay posibilidad esencial de gran desarrollo industrial, mercado interno, materias primas como petróleo, etc.; en el segundo no. Esto lleva inevitablemente a que un IAPI Uruguayo más que protección a la industria lo sea de especuladores con las diferencias de cambio. Lo que en Argentina o Brasil sería accidente del sistema cambiario, aquí se trasmuta en su esencia. Es de señalar que la protección aduanera uruguaya es casi nula, sus tarifas ridículamente bajas. Contradicción "proteccionista" muy explicable: a la especulación le interesa la manipulación de la moneda, no las tarifas aduaneras. Por ello, dado su estructura, el Uruguay exige una política económica más "liberal", que radique su protección en la Aduana y las "detracciones".

DINÁMICA POLÍTICA

¿Cómo son las estructuras políticas en que la Liga Federal se mueve? Los dos partidos tradicionales que dominan el escenario son un corte vertical en los grupos sociales uruguayos. Son partidos esencialmente "policlasistas" y su diferente tónica está dada por la intensidad o

predominio de alguno de sus ingredientes. Las diferencias son de matiz, y por ello es para nosotros esencial la comprensión de los matices pues de ellos está hecha la vida nacional. Por ejemplo, Batlle, apoyado en su culminación en el arrabal y la pequeña burguesía urbana, está en pacto continuo con los terratenientes de su sector (Manini Ríos, que a su vez fue un cisma del batllismo) así como Herrera más apoyado en el sector terrateniente esté en conflicto permanente con una de sus fracciones (Juan A. Ramírez) y penetra en las masas rurales y urbanas (en las urbanas, recordar a Carnelli, Otamendi, Fernández Crespo). El problema, está entonces en la percepción de la dosificación en cada coyuntura, de los distintos grupos sociales en los partidos tradicionales, para entender sus tensiones interiores así como la raíz objetiva de la "coparticipación" política. El viejo colegiado administrador, el régimen de marzo o de febrero, la constitución vigente, no han sido otra cosa que distintas modalidades de coparticipación. El gran asidero de la coparticipación está a su vez en la indudable prosperidad uruguaya de este medio siglo, basada especialmente en los frigoríficos, y que daba para una distribución de la riqueza suficiente como para atenuar las contradicciones sociales. Incluso los coletazos de la crisis no han sido hasta hoy tan hondos como para el desfibramiento de la estructura policlasista de los viejos partidos. A lo más han producido variaciones de alianzas interpartidarias, que nunca dio para romper el "lema" como por ejemplo cuando se quiso hacer el "frente popular" antimarxista. Además, tanto Batlle como Herrera, que eran hijos del patriciado, fueron -de distinto modo- los que efectuaron el salto de la República Censitaria a la época del sufragio universal, a la "democratización" de la vida nacional.

I. Las clases medias rurales

El hecho a retener es que las clases medias rurales están divididas entre los dos partidos tradicionales. En ese sentido, Herrera fue quien tuvo más arraigo en ellas, a través de lo que podíamos llamar las supervivencias emocionales precapitalistas del Uruguay: el culto de Saravia, los "viejos servidores del partido", etc. Las clases medias rurales siguieron a Herrera ante todo por tradicionalismo. Pero será a través del Partido Colorado que esas clases medias obtendrán su primera representación directa: el presidente Berreta (13).

Berreta fue la primera victoria histórica de las clases medias rurales, y antecedente importante al desarrollo de la Liga Federal. Berreta llegó si al poder por medio de una maraña de transacciones con otros sectores, síntoma de debilidad, y en la vejez. El área de influencia de Berreta se localizaba fundamentalmente en Canelones, nuestra "pampa gringa" y se trataba de un "ruralismo burocratizado", un poco tutorial. Todavía inorgánica, sumergida en la inconciencia política, la clase media rural dependía de la labor de "intermediación" con la ciudad para muchas de sus necesidades. Un puente aquí, seguro contra granizo allá, pensión a la vejez y así innumerables favores. Así tenía que aparecer en escena. Los "favores" eran síntoma de existencia en crecimiento. De ellos viven la mayoría de los diputados (blancos y colorados) de nuestra campaña. Además, el anacronismo campesino le obligaba a "hacer confianza" en otros, fiarse de "los que saben". Esto uncía a las clases medias rurales al "enterado", el "político", y en el fondo concretaban una dependencia respecto de las directivas políticas de otros grupos sociales más unificados, más "al día". Pero los "favores" (con la adhesión personal que implican) pasarían luego -hoy- a un rol secundario a medida que tomaran conciencia económica propia y se vieran a sí mismas como "fuerza social".

El ascenso de Berreta en 1946 coincide ya con la crisis de la ganadería tradicional. Desde 1944 la carne dejaba de ser nuestro rubro de exportación más importante, pasando al frente la lana. La valorización de las lanas favoreció indiscutiblemente a las clases medias rurales, pues las características de su explotación le son mucho más accesibles. La lana fue una inyección de

poder para esas clases medias. Y como sólo grupos sociales fortalecidos pueden adquirir coherencia, este es el momento del afianzamiento y nacimiento de la Liga Federal. Exagerando, podríamos decir que el "boom" de Corea fue su punto de partida. No sólo porque fue previsto por Nardone, que de tal manera consolidó su prestigio, sino por el cumplimiento de esta paradoja: por un lado las clases medias se afirmaban con el alza de precios y por otro lado se les hacía definitivamente evidente la "quita" por diferencias de cambio.

Las clases medias rurales habían crecido paulatinamente en el curso de las últimas décadas, aunque "proporcionalmente" estuvieran estancadas, y muy ligadas también al aumento de consumos por parte de Montevideo (cuenca lechera, cinturón agrícola y chacarero, etc.). Su primera aparición en el escenario público tenía que ser tímida, casi indirecta. De tal modo la Liga Federal surge de un "cisma" con la Federación Rural. Aunque en la realidad no fue el tal cisma, sino ingreso de nuevos grupos sociales. La lucha inicial de Nardone y Bordaberry fue bajo la consigna de "democratización" de la Federación Rural", que desemboca lógicamente en un nuevo órgano de expresión social. La conjunción de Bordaberry y Nardone es un símbolo social. Bordaberry, estanciero progresista y secretario de Reyles en la fundación de la Federación Rural, abre paso a las clases medias rurales, rompe con sus viejos compañeros. Esto no es nada extraño, por el contrario siempre ha sido así: los grupos sociales inferiores se abren paso a través de hombres de los grupos superiores. Los ejemplos son innumerables, desde los Gracos patricios en Roma hasta un Engels, industrial que hace la "teoría" del proletariado. Es que los grupos sociales inferiores (en el sentido de la escala que ocupan en la estructura social) están como "sumergidos", no pueden "verse" objetivamente, tienen que ser antes "vistos" por otro, unificados por hombres que les "emergen" adscriptos a otro grupo social superior o distinto. Bordaberry por su propia situación podía tener una perspectiva sobre el resto de la campaña, "comprenderla", conocerla. Y un Nardone, oriundo de la pequeña burguesía urbana, podía no sólo objetivar la situación sino también erigirse en su dinamizador e intérprete. Su cercanía social horizontal, con las clases medias rurales le posibilitaron erigirse naturalmente en líder de ellas. Cierto es que fue necesaria una "mediación" para saltar la distancia social, y su concreción fue el seudónimo "Chicotazo". Nardone, es además síntoma de la unificación sociológica del país, de la consolidación de un estilo común, que ha liquidado la vieja dicotomía de "gringos" y "orientales". Ya se dan las condiciones de una fácil comunicación entre los distintos grupos sociales, entre la ciudad y el campo. Así se puede comprender como un hombre de ciudad, que no tiene una sola hectárea de campo, ha podido interpretar a nuestro campesinado. De otra manera sería ininteligible como un hombre de asfalto es erigido específicamente en conductor del nuevo ruralismo.

En el año 1950 es la gran crisis de consciencia de la campaña. Nardone y Bordaberry dan por fracasado el intento de "democratizar la Federación Rural", y se produce la ruptura definitiva con la aristocracia terrateniente, cerrada y erizada. Nardone traza la divisoria: de un lado los "botudos", del otro los "galerudos". Los "galerudos" acusan a Nardone de "demagogo", "comunista", "anarquista", de "dividir la pacífica familia rural", etc. ¡Hasta hubo una denuncia judicial por "agitador"! Pero ya el movimiento de las clases medias rurales era incontenible. Aparecen agremiaciones en todos los rincones de la campaña. El mundo rural entra en una desconocida ebullición. Se aplica la amplia "política de puertas abiertas", una de las consignas fundamentales y que responde a la estructura de las clases medias rurales. Estas no son una sola, un conjunto homogéneo, por el contrario son muy heterogéneas, cabe una infinidad de matices, hay pequeños productores a un nivel inferior a un asalariado urbano, medianeros que oscilan entre proletarios y arrendatarios, propietarios pobres y arrendatarios millonarios (y viceversa), etc. Allí el espacio mismo es cualitativo: un estanciero mediano de Tacuarembó sería

latifundista en Canelones, un pequeño propietario firme de San José sería miserable en Artigas, etc. De ahí que la estructura de las clases medias rurales sea abierta, a lo que se suma el hecho que la población rural esté psicológicamente menos diferenciada y estratificada que la urbana. Las clases medias se definen aquí ante todo negativamente: por su no pertenencia a la aristocracia terrateniente. Por eso la agremiación rural es un fenómeno tan original. En ella se congregaban el estanciero medio, maestros y médicos rurales, productores pequeños, capataces y peones, medianeros, arrendatarios y propietarios, etc. Es que el alma de la agremiación son el vecindario y la familia, las dos sociabilidades primarias de nuestra campaña. Agrupación local y familiar, que tienen una importancia infinitamente mayor que en la ciudad. La agremiación será eso: la organización del vecindario y sus familias. Es por tanto más amplia, más integral, más difusa, que el sindicato, por ejemplo, más específicamente funcional, por ocupación (14). Aquí, el proletariado rural va a remolque de las clases medias, su gran esperanza está en convertirse a su vez en pequeño propietario. Esto se explica por su escasísima densidad y dispersión. Pero no han faltado consignas propias para los sectores bajos del mundo rural, sintetizadas en: igualdad de la justicia social para la ciudad y el campo. Esto se tradujo, por ejemplo, en la lucha por las jubilaciones y asignaciones familiares, que en el medio rural son importantes, pues ya se sabe que en la composición de su población abundan los dos extremos de la escala demográfica, los niños y los viejos.

El hecho es que las clases medias rurales quieren afianzarse, consolidarse, y esto se traduce en los propios estatutos de la Liga Federal donde se postula por primera vez en el medio campesino: la tierra para el que la trabaja. Fórmula ambigua como la misma estructura social que expresa. Lo cierto es que en esto ha sido decisivo el rol de los arrendatarios, pues el arrendamiento es en la campaña, por su desmesurada extensión, una verdadera lacra, factor de inestabilidad, de empobrecimiento, estancamiento técnico, etc. No es extraño incluso que en uno de los Congresos anuales de la Liga Federal se sostuviera que "la tierra no puede ser objeto rentable, sino instrumento de trabajo". Se dibuja así la necesidad de una reforma agraria que suponga simultáneamente una afirmación de la propiedad. Pero el choque inicial de las clases medias con el latifundio no pasó de "choque psicológico" entre "botudos" y "galerudos". Nada más lógico, no se tenía fuerza como para un enfrentamiento a fondo por eso Nardone se limitó a destruir como "prestigio" a la aristocracia terrateniente, prestigio que hipnotizaba, frenaba, inhibía, a las clases medias.

Hemos visto ya como las clases medias, divididas por el tradicionalismo blanco y colorado, se unificaban. Pero el hombre no es sólo un "animal de interés", un ser puramente económico, que es en sí mismo una abstracción. La unificación, para ser firme, tenía que tener bases amplias, históricas y emocionales. Nardone va entonces a la superación del tradicionalismo por vía tradicional. Se necesitaba un "englobante" nacional, auténtico, que no negara mecánicamente las divisas sino que las trascendiera, hermanándolas en una síntesis superior. Por ello el ruralismo retoma espontáneamente la tradición artiguista. Artigas, anterior y superior a los partidos tradicionales, llenaba perfectamente todas las necesidades. En Artigas está en agraz toda una política: reglamento de tierras, lucha contra el monopolio, unión aduanera, convocación al pueblo, sentido americano. Oribe y Rivera pasan a ser "lugartenientes" de Artigas, están subordinados y unificados. Además, ya no es el Artigas de bronce, cultor del Derecho, abstracto, que conocimos todos. Es un Artigas más concreto, más histórico, con virtualidades más potentes y reales. Y en esta resurrección del artiguismo no hay sólo una necesidad rural, la cuestión es más vasta, se extiende a todo el plano nacional, que entraba en la profunda crisis de la retirada del Imperio Británico y nos plantea nuevamente el problema de la reinserción americana en toda su agudeza.

Así se entiende el nombre de "Liga Federal" y de la bandera ruralista, con sus dos franjas blanca y colorada, Es que el Uruguay, un poco por instinto, oscuramente, comienza a sentir que está en el umbral de un nuevo gran viraje histórico. Y las clases medias rurales son las primeras en vislumbrar el camino, el cambio de condiciones objetivas, y dar una nueva respuesta. Respuesta que está en desarrollo y que es imposible vaticinar su itinerario y su término, pues recién entramos en la nueva situación (15).

II. 1952: Se desencadena la crisis

Apenas la Liga Federal se puso en marcha tuvo que afrontar graves problemas, que comprometían su existencia. Indudablemente su aparición diferenciada chocaba con la conformación de los dos partidos tradicionales, que veían el surgimiento de una fuerza independiente que se les escapaba de las manos, y nada menos que en la columna vertebral del tradicionalismo, en la campaña. Había pues que navegar con prudencia entre los dos escollos, saber administrar las fuerzas, no dar batallas prematuras, no emprender tareas desmedidas. Aparte del conflicto con la aristocracia terrateniente y la Cámara Mercantil, que tenían influencia en los dos partidos, se presentó rápidamente el primer obstáculo serio: la reforma constitucional de 1951 (16), Herrera, el caudillo de más arraigo en la campaña, la apoyaba, incidiendo directamente en los grupos sociales que formaban la Liga Federal. Nardone evitó el choque: se limitó a decir: "Yo voto contra el Colegiado y esta Reforma", pero no aconsejó directamente a las masas rurales que votaran en contra. Dejó simplemente sentada su posición en forma pública. Sin embargo la tensión con los dos partidos iba en rápido aumento. Y esto hace crisis en el año crucial de 1952.

Luego del "boom" de Corea se inicia el descenso de los precios de las materias primas, la economía europea había atravesado ya la fase de la reconstrucción, y las zonas del capitalismo industrial abren una evolución ascendente que sigue hasta nuestros días, si bien a través de varios "recesos" crisis atenuadas de crecimiento), pero en tal desarrollo que logran alcanzar niveles económicos de producción y pleno empleo nunca conocidos. El intercambio entre los países industriales crece vertiginosamente, en tanto que disminuyen sus relaciones con el "área de los países subdesarrollados" (aumentan el intercambio, de materias artificiales, en nuestro caso, fibras sintéticas). Así, desde 1952 la economía de los países industriales está en auge y aumentan los precios de los productos manufacturados, produciéndose el desequilibrio de las balanzas comerciales de los países dependientes. Las industrias de éstos -por lo general livianas- entran en crisis, puesto que se habían incrementado al amparo de las contribuciones y devastaciones de la segunda guerra mundial. Los países industrialmente atrasados entran en una etapa de convulsiones -en ella estamos- a la que no pone remedio ni atenuantes la pérdida de zonas coloniales por parte de Europa ni la división del mercado mundial en dos bloques. Y es en esas zonas subdesarrolladas (pues cada uno de los dos bloques tiene su eje y su respectiva periferia) donde se desencadenan las grandes perturbaciones sociales, económicas y de la postguerra. En ellas se ha refugiado la tragedia en los ejes de cada sistema (Rusia y Estados Unidos-Europa) el drama se ha diluido en prosperidad. Para poner ejemplos a mano baste recordar el Medio Oriente y a Polonia y Hungría, así como más cerca de nosotros la caída del peronismo que en 1952 (fin del "evitismo" de Espejo en la C.G.T.) iniciaba su curva descendente.

Los efectos en el Uruguay se hicieron sentir rápidamente con la desvalorización de las exportaciones. 1952 es el año de las medidas prontas de seguridad. La reacción de los políticos fue sumaria, hubo miedo y perplejidad. Las cosas les tomaron de repente. La escasez comienza

a apremiar y los grupos sociales se levantan entre sí, se miran ya de reojo, es la hora de la disputa para sobrevivir. Las clavijas se apretaron. El proletariado también había sacado su tajada del ciclo anterior de prosperidad. Pero ahora se topaba con el fin amargo del economismo fácil que la prosperidad inmediata a la guerra había impulsado y consentido. ¡No había ni siquiera alcanzado la Central Única! Los sindicatos, frente a la detención económica general que se avecinaba, debían rectificar profundamente sus estrechas directivas, ir a planteos nacionales, rompiendo la caparazón engañosa de los economismos seductores, invertebrados y finalmente destructores. No lo hicieron a tiempo -¿lo pudieron haber hecho?- y se estrellaron con las medidas prontas de seguridad. El movimiento obrero quedó postrado. En aquel momento, pocas semanas después del plebiscito del Colegiado, Aníbal Álzaga apuntaba directamente al corazón de nuestra cuestión y decía: "hemos sido arrancados de aquel orden estático que se conoce con el nombre de la Pax Británica", cosa que entonces nadie atinaba a formular, y comprendía que el ocaso inglés nos arrojaba, al torbellino de lo desconocido, cuando el eje de la historia abandonaba el Atlántico y tomaba la ruta del Pacífico y del Oriente, dejándonos en un lago marginal. Y agregaba que "mientras existieran poderes exteriores que la respaldaran, Montevideo podía vivir indefinidamente desligada del interior' pero qué ahora 'el campo también se ha puesto levantisco y ya ha encontrado quienes lo incitan a desafiar los poderes oligárquicos residentes en la capital" (17).

III. 1954: Apoyos tácticos

Días antes de las medidas de seguridad, de manera sintomática, el Directorio del Partido Nacional prohibía a sus legisladores asistir a los actos organizados por la Liga Federal. Desencadenada la represión obrera, Nardone optó por el silencio. Lo principal era atravesar indemne el chaparrón, no dar pie objetivo para que lo incluyeran en la redada. Pero no era esto solo. Ya previamente "El Día" había iniciado una campaña sistemática contra el nuevo ruralismo, Nardone mantuvo su empecinado silencio hasta que -pasada la tormenta, en mayo de 1953-, resolvió encararse de frente con el órgano del "batllismo neto". La polémica se prolongó avanzado 1954.

La extensa polémica de Nardone con "El Día" fue ocasión para el primer intento coherente de autoconciencia histórica del nuevo ruralismo. El primer esfuerzo para formularse a sí mismo. Hace en el fondo una reinterpretación de la historia del Uruguay, eludiendo enredarse con la clásica dicotomía de blancos y colorados, que ni figuran en esa historia. Se trata de una historia económica del país. Retoma en ella sí la tradición del federalismo artiguista, e instruye a la campaña acerca del desarrollo de nuestra agropecuaria, de la corrupción del "liberalismo" por el capital financiero y los monopolios, la etapa estatista de Batlle, y la nueva perspectiva que abre el ruralismo con la "libertad económica planificada"(18). Las consignas de la Liga Federal se aclaran: ni liberalismo que es "ley de selva" ni estatismo, que degenera en asfixia burocrática. Pero la médula de su planteo era: el Uruguay tiene un destino esencialmente agropecuario, no hay revolución industrial sin revolución agraria, sin transformación a fondo de las técnicas campesinas. El "industrialismo" en el Uruguay es una falsedad nociva, ruinosa. Una construcción en el aire. El país, con la única posibilidad de la industria liviana, debe limitarse a manufacturar con materia prima nacional para su mercado interno, pero la base real, el fundamento verdaderamente económico está en la agropecuaria. El progreso de la agropecuaria es el único progreso fundado del país. Volveremos más adelante sobre el tema, pues es el centro de toda la problemática actual.

Lo cierto es que a esa altura, en función de las circunstancias, el nuevo ruralismo comenzaba a esbozar en grandes líneas sus directivas económicas e históricas. Eso le obligaba a replantearse nuevamente toda la historia del Uruguay, mirarla con sus propios ojos, única manera de ir definiendo su personalidad. El ataque de "El Día" fue inconsistente, anecdótico, pero sirvió sí para afianzar un concepto despectivo ante la nueva fuerza social dentro de la pequeña burguesía urbana (19).

Entre tanto, mientras Nardone continuaba su fuego contra "El Día", los acontecimientos se sucedían. La situación del país continuaba empeorando. Es el momento del cisma del Partido Nacional. Herrera pierde el control de la totalidad de su partido, que se divide. El cisma señala el comienzo de una descomposición soterrada que venía minando al Partido Nacional desde el tiempo de la "coincidencia patriótica" y el "Pacto Colegiado", su remate. La dirección del Partido entregada a una burocracia inepta, de cortas vistas, aldeana, entra en crisis definitiva. Así nace el M.P.M., con Fernández Crespo y Haedo en alzamiento contra el aparato de Viña, sostenido por Herrera. Fue un corte vertical de los grupos sociales que formaban el Partido Nacional. Al M.P.N. confluyen desde grandes terratenientes (20) hasta masas populares urbanas. De tal modo, Herrera sintió fuertemente debilitada su base entre los terratenientes de la Federación Rural y esa es la oportunidad que le posibilita la confluencia con Nardone y las clases medias rurales. Así como Herrera fue el primero en percibir el peligro de Nardone, pues lo sentía en su base partidaria rural, fue también el primero en percibir su importancia, porque lo necesitaba para no despegar de su propia masa.

Por otra parte, era el momento del gran ascenso popular de Luis Batlle. Aunque su grupo acompañó las medidas de seguridad lo cierto es que Luis Batlle había hecho fintas de oposición o por lo menos reparos. Las masas recordaban el tiempo de prosperidad vivido bajo la presidencia de Luis Batlle y éste supo aprovechar la coyuntura. Con consignas difusas como "renovación y reforma" canalizó rápidamente el descontento general contra el régimen.

Así, llegamos a las elecciones de 1954. El nuevo ruralismo continuaba en su movilización perpetua, y había que hacerle dar un nuevo paso, hacer que incidiera indirectamente las decisiones políticas. Se había crecido en fuerza pero no tanta, como para tomar rumbos absolutamente propios. En los estatutos de la Liga Federal estaba previsto que el ruralismo debía aconsejar votar a los candidatos que le ofrecieran mayores garantías. Herrera y Batlle Berres, apremiados por la puja electoral, las dieron. De tal modo Nardone aconseja al ruralismo: "que los blancos voten a Herrera y los colorados a Luis Batlle". De esa manera Nardone evitaba el choque frontal con los partidos tradicionales, usufructuaba sus divisiones para apoyarse sobre ellas y continuar avanzando, sin temor a una represión por parte de los Poderes Públicos, Cuando, por ejemplo, en ocasión a la liquidación de "La Escoba" (grupo desclasado de la pequeña burguesía que estaba en una prédica escandalosa -con todo lo soez que puede ser cierto puritanismo moralista- y era síntoma del descontento de los niveles inferiores de la burocracia), "El Día", a través del ministro Fusco, intenta complicar en el asunto a Nardone, para comprometerlo o por lo menos ensuciarlo. Pero el apoyo de Herrera hizo que la cuestión se diluyera rápidamente, se frustrara.

En aquel momento los objetivos de Nardone eran claros: se trataba de liquidar a "El Día" y su fracción. Este era, según su expresión, "la Bastilla", la columna vertebral del régimen. Luis Batlle en conflicto con el sector ortodoxo minaba los propios fundamentos del batllismo, entraba en arenas movedizas. Además, se seguía la corriente del sentimiento de las masas.

Con ese doble apoyo, el ruralismo no hería el tradicionalismo bipartidario de las masas rurales, pero lo canalizaba conscientemente como "grupo de presión". Actuó en la coyuntura como nunca supieron hacerlo las organizaciones sindicales, que pura y simplemente quedaban a la vera de los procesos políticos (21).

IV. Preparación de la victoria de 1958

Y ya entramos en la última etapa de nuestro recorrido. Al año del nuevo gobierno de Luis Batlle, era evidente que las cosas continuarían a la deriva, sin directivas claras. Y la crisis entraba en el período de su agudización. Había que adelantarse a los acontecimientos, intentar por primera vez orientarlos. La Liga Federal es un movimiento esencialmente dinámico, para ella detenerse es comenzar a morir. No podía entrar en la línea de repetir indefinidamente los apoyos tácticos como en las elecciones de 1954. Aunque ellos fueran exitosos, como lo habían sido. El movimiento fortificado por su doble victoria indirecta (Herrera y Luis Batlle) debía trascender esa etapa, abrir una nueva. Pero ya no había que esperar que las cosas sucedieran, debíase promoverlas. El país entero vivía, de manera confusa, contradictoria, oscura, la necesidad de una "renovación y reforma". Se trataba de recoger esa bandera y hacerla más explícita.

Así, nace en 1956 la reforma constitucional promovida por la Liga Federal. Nardone recurre por primera vez en el país a la vía de la "iniciativa popular". La Liga Federal no es un partido, es un gremio, y por tanto debía tomar rutas "extra-partidarias", ir directamente al plebiscito por medio de un proyecto refrendado por miles de firmas. Esto estaba en la lógica del propio estilo táctico de Nardone. Su técnica permanente es la convocatoria directa a las masas. Cuando se inicia el ruralismo aparecen los "Cabildos Abiertos", locales y departamentales. Allí hablaba quien quería. La lista de oradores era interminable. Los actos duraban horas y horas. Es que las clases medias rurales estaban haciendo el aprendizaje de la comunicación, del "hablar". Antes, sólo los congregaban para "oír" a los "políticos", ahora tenían la sensación de ser ellos los actores. Subían a las tribunas y usaban el micrófono como antes, desde "arriba", les hablaban a ellos. Además era la forma natural de compulsar la opinión y de formar a los nuevos dirigentes que el ruralismo necesitaba y debía hacer surgir espontáneamente. Las masas rurales en los cabildos abiertos se oían a sí mismas. Así hasta los disparates tenían su significado profundo. Y fue también el final del respeto reverencial a los "políticos" y caciques. Cualquiera subía a las tribunas. Los ídolos ya no tenían pedestal. Esa técnica que podríamos llamar "plebiscitaria y populista" se completaba con la modalidad de plantear la reforma constitucional. Los anteproyectos circularon previamente en todas las agremiaciones rurales, circularon de mano en mano. Y cuando el proyecto estuvo terminado aparecieron los "troperos de firmas". Los sacros textos constitucionales, herméticos y lejanos de las asambleas constituyentes eran "vulgarizados", entrañaban previamente en el dominio del pueblo. El ruralismo liquidaba ante sí la aureola de los "doctores". Esta técnica política no tiene antecedentes y es consecuencia del surgimiento del ruralismo y la Crisis de los dos partidos tradicionales.

Lo importante de la reforma constitucional propiciada es: la Presidencia sin Lema, las Intendencias sin Lema y el Banco Central. Todos conocen lo monstruosamente antidemocrático de la ley de lemas, hecha para asegurar indefinidamente el remado anquilosado de los dos grandes partidos. Había pues que descabezar el sistema, abrirle una brecha en puntos esenciales. El "sin lema" es el ariete. Nardone había ya centrado su propaganda en la consigna: las divisas no son los lemas. El andamiaje legalista y partidario no es idéntico con las tradiciones de las dos divisas. Para el ruralismo, Oribe, Rivera, Aparicio Saravia, están hermanados en cuanto tradición, ya no en cuanto vigencia electoral, pues de otras cosas se trata. El "sin lema", es el cauce sin violencias del ruralismo en la nueva etapa, dada su estructura bipartidaria. El "sin

lema" 'es el camino "incolore" de la ruptura del sistema y expresión de la nueva sensibilidad de las masas. Esto a su vez es síntoma de ahondamiento de la crisis de los dos partidos tradicionales. El viejo "estar" uruguayo en la historia se conmueve y sus estructuras internas fijistas también. Pero la lucha no es meramente política, no es sólo romper la hoja única de votación, los breves jurídicos. Es necesario por vía constitucional abrir el cauce de las nuevas orientaciones económicas. De ahí el Banco Central. Vale la pena detenerse aquí un poco.

En los tiempos dorados de Inglaterra, ésta oficiaba como sutil Banco Central, era una reguladora casi automática -con el "Patrón Oro"- del comercio mundial. La economía era sencilla, funcionaba "sola, era "librecambista". Los políticos no necesitaban saber mucho de economía, la circunstancia no lo requería. La economía parecía cuestión de "cosas" que funcionaban por sí mismas. Pero después de la Gran Depresión las "cosas" empezaron a complicarse en el Uruguay. A medida que Inglaterra nos abandonaba teníamos que "dirigir" más. De ahí el espectáculo caótico de nuestra administración, de nuestra hacienda, de la baraúnda del Contralor de Cambios, de un dirigismo con música sincopada. Se dirige sin planes, sin censos, sin estadísticas claras, etc. Eso es lo que hay que vertebrar, y de ahí que surja la necesidad del "Banco Central" que es virtualmente en la reforma constitucional un cuarto poder del Estado. Un esfuerzo por reasumir -ahora que estamos solos- nuestra propia realidad económica, de dirigirla. Nos es necesario un "Banco de bancos", pues la banca es el corazón de la economía moderna. En estos últimos años justamente hemos visto una proliferación increíble de la banca privada, que por ejemplo, duplica en sus capitales al Banco República cuando no hace mucho tiempo era el Banco República que la duplicaba. El Estado no tiene control financiero del país, y no ha hecho los instrumentos adecuados para lograrlo. No influye nada sobre la orientación de los créditos que es lo mismo que no dirigir nada. Los políticos de partido, "románticos" trasnochados e interesados, de pasiones perimidas, maestros en los artilugios de lemas, entendían cada vez menos las cosas. Los "austeros" se vieron arrojados a un mundo económico nuevo, con otras leyes, al que no vacilaron de sentir y calificar de "inmoral", los otros fueron alegremente al encuentro de la situación inédita, creyeron en la prosperidad "sin fin" de la postguerra, en un "neo-industrialismo" símbolo de progreso, y se enredaron en los hilos imponderables de la especulación financiera internacional (desde el tiempo de la "ley de Holdings", 1948, que se intentó hacer del Uruguay una especie de "Tánger Americano", centro de capitales golondrinas, su "Isla Tortuga", sustitutivo de los ingleses, que se nos iban). Hoy es la hora de decepción para unos y otros. Y para el país entero. En resumen: la Banca Central quiere retomar el poder de nuestra economía, que se caracteriza hoy por la curiosa mixtura de "dirigismo cambiarlo" y de libertad financiera, con un postrer "liberalismo" del oro.

Los hechos siguientes están a la vista. La Liga Federal da el primer pasó a fondo de la irrupción de las clases medias rurales en la vida del país. Con la Liga Federal el mundo rural uruguayo accede cada vez más, desde su propia intimidad, a la comprensión de la "economía nacional". Esto le evita encerrarse contradictoriamente, como ha ocurrido en varios países europeos, en esos inocuos y limitados "partidos agrarios", por esencia condenados a una perspectiva parcial del conjunto de la realidad. El ruralismo uruguayo no se encierra en su particularidad, sino que se abre sobre el conjunto social, invita a otras clases y grupos sociales a incorporarse a su dinámica, que no quiere ser suya propia sino del país entero. De ahí que tome realmente la iniciativa e imprima dinamismo a nuestra política mortecina. Sus dificultades empero son muchas. Choca con la incompreensión de grandes sectores urbanos, que por múltiples razones le tienen suspicacia, sospecha.

Lo cierto es que Nardone tenía que formar un frente "suprapartidario", un frente nacional. El hecho es que Montevideo, por viejas inercias, vive a espaldas de su interior, con unas pocas ideas sumarias y "enajenado" habitualmente por el espectáculo mundial, más placentero que el de nuestros problemas aldeanos. Ha comenzado sí el "deshielo" del "estar" uruguayo, y tanto entran en crisis el tradicionalismo como la "escolástica" de los ideólogos de la pequeña burguesía urbana. Pero no es más que el principio. Entre tanto, hay que seguir caminando.

Así se consolida el entendimiento de Herrera y Nardone. Las bases del entendimiento son profundas. No es sólo un interés común momentáneo. Aparte de las causas circunstanciales, las hay remotas y esenciales. Permítaseme esta analogía. No hay otro caudillo en la historia uruguaya más semejante a Herrera que Don Frutos Rivera. Este fue "un caudillo federal rodeado siempre por "doctores unitarios" y, lo que es más grave, en una circunstancia histórica que "en sí misma era unitaria". De ahí su zigzag, sus pactos continuos, sus rupturas, su astucia, ante un ámbito hostil pero en el cual debía sobrevivir. Algo parecido a lo ocurrido con Herrera, aunque éste sea superior al otro término de la comparación. En el Uruguay se conocen a lo largo del siglo XIX reiterados intentos de superar los dos bandos tradicionales. Recordemos por ejemplo a los "constitucionalistas". Y bien, Herrera tiene indudables raíces "constitucionalistas", y desde las primeras obras de su juventud, uno de sus temas permanentes, en el orden intelectual ha sido la superación del cisma de "blancos y colorados". Su circunstancia histórica no se lo permitió nunca, y se dio la paradoja que fuera a la vez el máximo intérprete de lo "blanco". Incluso en el 46 Herrera hizo el intento de la "presidencia sin lema", para recaer luego otra vez en la "coparticipación". En esta oportunidad la coyuntura uruguaya está más madura para una ruptura del planteamiento tradicional, y Herrera está junto a Nardone, es su escudo (22).

Para que el "frente nacional" fuera tal, había que objetivizar las "dos alas". A Nardone le hacía falta un dirigente colorado de importancia. No los había, puesto que el batllismo los había absorbido a todos. Recordó entonces que hacía veinte años había un Demichelli retirado, y lo llamó. Había que darle al "ala colorada" una cabeza visible, conocida, cualquiera fuere. Demichelli, jurista de talento, no entendió nada de la nueva circunstancia y al término se produjo una ruptura. Es que la ley de lemas presentaba dificultades insalvables, todo el reformismo tenía que canalizarse unido, no podía desmembrar sus fuerzas en "lemas accidentales" que por disposición legal no son acumulables. El único lema que ofrecía una salida dentro del régimen actual, "la puerta de atrás" como se ha dicho, es el del Partido Nacional. Y, a pesar del sacrificio que esto significaba, se tomó decididamente ese camino. Se produjo una conmoción, pues cuando dos ríos se juntan las aguas, se ponen turbias y bravas. Pero era inevitable. A lo más, se podrá objetar los términos en que se hizo el ensamble. ¿Podía haber otros? Seguramente sí.

Ahora, a poco tiempo de las elecciones, el planteo está puesto en estas condiciones. No es este momento por tanto de predicción alguna (23). Lo evidente, por otra parte es que el nuevo ruralismo no puede avanzar solo. Que necesita de otros grupos. ¿Hasta qué punto esto lo perjudica? ¿Hasta qué punto lo facilita? Algunas incógnitas se despejarán pronto. Pero lo esencial de la problemática planteada sigue en pie. A ella van las reflexiones finales de este artículo.

Notas:

(13) Berreta, dirigente colorado batllista rural, asciende al poder en 1946, falleciendo al año siguiente. Una especie similar al radicalismo argentino de Sabbatini. Representó la transición, en la campaña, de la influencia del "comisario" al "jefe político". Líder de chacareros, pasó su

juventud años de "tropero", es decir, tuvo una experiencia que es la antítesis del agricultor sedentario. La experiencia da razón nuevamente a esa constante: para interpretar a un grupo social no hay que estar rigurosamente adscrito a él, sino que es necesario coparticipar vitalmente en otros niveles sociales. Es bueno retener dos hechos: fue Berreta quien nombra a Bordaberry presidente del Frigorífico Nacional; y, luego, en 1950, Bordaberry apoya la candidatura de César Mayo Gutiérrez, el mejor representante y continuador del "berretismo".

(14) Ver al respecto la excelente "Sociología Rural Nacional", de Solari, lo mejor sobre el tema, y que desarrolla, en otro sentido, análisis concordantes con los nuestros.

(15) En 1960 se perciben síntomas de enervamiento del proceso. La dirección de Nardone, de gran eficacia en el llano, ante el salto cualitativo que significa su inserción en el Estado, pierde políticamente el rumbo, y toma una torpe conducta "represiva" contra el movimiento obrero, a la vez que -por sentir que pierde pie en la causalidad interna del país- apela al apoyo de la causalidad externa. Se hace "más realista que el rey", a saber, Estados Unidos.

(16) Las opiniones en la Liga Federal estaban divididas: Arosteguy (blanco demócrata social), el segundo hombre en importancia en el ruralismo, se apresuró a prestar apoyo a la Reforma Constitucional del 51, cosa que obligó a Nardone a pronunciarse públicamente. Para mantener el equilibrio internamente y para diferenciarse. Es de señalar que esta primera divergencia de importancia entre Arosteguy y Nardone se irá agudizando en el curso de los acontecimientos siguientes, pues se enfrentaban en el fondo dos visiones distintas del movimiento. Arosteguy representaba en el fondo la transición entre la Federación Rural y la Liga Federal, tenía una concepción economista del movimiento y quería tomarlo como punto de apoyo dentro del Partido Nacional, subordinarlo al régimen existente, limitar su proyección. De ahí que posteriormente en las elecciones de 1954 militara abiertamente en el herrerismo, llegando a un entendimiento con la burocracia partidaria de Viña, con quien coincidió en sabotear el proyecto de reforma constitucional actual. En 1958, Arosteguy está con Viña en la "Intransigencia" desprendimiento ocasional del herrerismo, carente de perspectivas y adversario del entendimiento de Herrera con Nardone. Este es de origen colorado batllista, aunque desde hace años se declara "sin partido".

(17) Así como "de la historia pasamos al turismo casi sin darnos cuenta", del mismo modo volvimos del turismo a la historia. Queda en pie sólo ese testimonio prematuro, autor de tres memorables artículos titulados "El Uruguay frente a las dos revoluciones mundiales" ("Marcha", diciembre 1951), que nos dio la radiografía final de ese nuestro mundo confiado, de tan feliz cabezón, de estas últimas cuatro décadas. De sus ilusiones ópticas y su inconsciente manía de seguridad: "el éxtasis progresista y spenceriano en que estaba sumido le impidió comprender que la bondad de las instituciones era fruto de la prosperidad económica que el Uruguay gozaba, situación proveniente, a su vez, de dos realidades superiores: la posición geográfica del país. y el "orden" mundial creado por Gran Bretaña". Frente a las dos revoluciones en ascenso, la de los pueblos de "color" y los proletariados, nos advertía que la historia se nos colaba por el ojo de la cerradura, que se nos metía en casa, la que creíamos la más frenética del mundo. "El que crea que el Uruguay logrará substraerse de la gran crisis universal y salir indemne de estos nuevos tiempos de "tormenta y pasión", es un pobre iluso. Y más pobres y más ilusos aun los que piensan que van a congelar la vida del país en formulismos jurídicos anacrónicos." Pido excusas por la extensión de esta cita, pero es de justicia recordar a Aníbal Álzaga que, junto con Servando Cuadro, en las primicias de la crisis, dio el primer desperezo de un auténtico pensamiento histórico político. Nos dio esa voz -que se metió adentro y fue sola- un gran fresco,

ceñido, madurado por un gran amor a su tierra y a "esos ríos patriarcales que se hunden en el corazón de la América india".

(18) La polémica contra el batllismo neto la hizo Nardone a través de una larga serie de audiciones radiales dominicales. Esta polémica fue recogida posteriormente en dos libros "Proceso a El Día". No es por tanto una obra estrictamente intelectual y está impregnada por su circunstancia polémica. Fue sí un replanteo de gran aliento. Nardone, que tiene un lenguaje sencillo fácil, pedagógico, tuvo grandes aciertos. Por ejemplo: el pleito del Molino de la Aguada. Las ideas penetran a través de la anécdota. Se trata que el abuelo de Batlle y Ordóñez era un comerciante monopolista español que estuvo contra Artigas. Este le confiscó sus bienes y puso en libertad a cuarenta esclavos negros que Batlle y Carreó tenía. Muchos años después, la familia Batlle inició un pleito por indemnización (en 1883 se presentó reclamando Lorenzo Batlle nada menos que \$ 432.405). En 1889 Batlle y Ordóñez cobra la indemnización correspondiente y hace reaparecer "El Día", ya fuerte financieramente. Esto fue mucho más útil para mostrar la línea unitaria, antiartiguista de "El Día" que una más pormenorizada fundamentación histórica. No hay duda que el batllismo es una versión uruguaya del mitrismo, del "unitarismo" que se afirma ya en la Defensa de Montevideo. Recordemos que la agrupación de "El Día" se llama "Joaquín Suárez", que sigue esa tradición.

(19) Fue al iniciarse el año 1953, en que por el contrario, el autor de este artículo, junto con otros universitarios amigos, como Reyes Abadie, Raúl Abadie, Claudio Williams, Eduardo Pedoja, etc., decidieron incorporarse a ese movimiento ruralista. De distintos orígenes ideológicos, todos convergieron en estar contra la reforma constitucional de 1951 y las medidas prontas de seguridad. En aquel momento, en que todos los caminos parecían definitivamente cerrados, fue cuando vislumbraron una posible salida histórica a través de la Liga Federal.

(20) Los elementos más dinámicos de la Federación Rural (ej. Olaso), pasaron al M.P.N. Creían que Herrera estaba en su ocaso y querían una cámara de repuesto, un hombre con base popular que les sirviera. (Fernández Crespo), y que emergiera ya comprometido. Es lo que siempre se hace. A su vez, en 1957, la alianza Herrera-Nardone, genera rápidamente la réplica de la U.B.D. que ya estaba contenida virtualmente en el cisma del M.P.N. La U.B.D. (alianza del M.P.N. con los nacionalistas y constructores. Éstos eran a su vez un antiguo cisma del Partido Nacional, ocurrido hacía ya 30 años, y también contra Herrera) arrastra tras de sí a sectores de la pequeña burguesía urbana con el mito de la "honradez administrativa", que oculta las razones estructurales de la crisis.

(21) El éxito electoral en 1958 de las tácticas de la Liga Federal apresura, por reflejo y a la vista de una situación económica en trance de deteriorarse, los actuales esfuerzos sindicales para una Central Única. Desde hace años, el sindicalismo obrero uruguayo está dividido en varias fracciones y se agota en una actividad puramente economista, sin visión del conjunto de los problemas nacionales.

(22) Luis Alberto de Herrera, hombre que viene de lo más hondo del siglo XIX rioplatense, de la generación del 900, es el iniciador del "revisiónismo histórico" en el Uruguay. La figura de Herrera, el "último patricio" y el "último caudillo", es esencial para comprender al Uruguay. Fue el único político uruguayo que vivió "al Uruguay mismo como problema"; los otros, Batlle, Frugoni, Ramírez, etc., vivieron "con los problemas del Uruguay". Su alianza con Nardone se rompe en enero de 1959. Creía que Nardone era "un hombre chico" que ya había cumplido su función. Se equivocó. Recién en 1960 tendría razón. Lo que ocurrió fue que Herrera, con 85 años, estaba muy apurado, quiso resolver el futuro "contra reloj". Herrera murió el 8 de abril de 1959.

(23) Las elecciones de 1958, consagran la victoria del Partido Nacional, y dentro de éste a la alianza herrero-ruralista. Fue una aplastante derrota para el Partido Colorado que, desde los tiempos de la Guerra de la Triple Alianza, gobernó durante 93 años ininterrumpidos al Uruguay.

LA ESENCIA DE LA CRISIS URUGUAYA

Interesa aquí el planteo medular de la cuestión que ha puesto sobre el tapete la presencia de la Liga Federal en nuestra historia reciente. ¿Es el destino uruguayo esencialmente agropecuario? ¿Está en la agropecuaria nuestro progreso? ¿Qué rol tiene y puede tener la industrialización del país? ¿Cuáles son sus límites? A lo que siguen otras interrogaciones, ¿por qué la pequeña burguesía urbana no entiende al nuevo ruralismo? ¿Cuál es la tarea histórica en el Uruguay de la pequeña burguesía urbana y del proletariado? En suma: ¿adónde vamos o debemos de ir?

No han faltado Casandras al Uruguay. Hemos tenido como toda sociedad, nuestros oráculos sombríos y sensatos. Pero los tiempos de bonanza, los años de apaciguamiento, son sordos al futuro. ¿Acaso la gente no sabe demasiado bien que toda preocupación por el futuro es la incertidumbre? ¿Para qué entonces asomarse a esa boca vacía e indeterminada del futuro, cuando en nuestro presente los conflictos estaban atenuados, se sobrellevaban sin angustia? La gente tiene la absoluta solidez de lo inmediato, de dar a cada día su afán, pues ¿para qué otra cosa?, ¿para qué otear el horizonte si el barco se mueve en aguas mansas? Los profetas de desventuras son en tales tiempos odiosos o ridículos, tienen la soledad de los vigías, pero es raro que despierten a la tripulación a tiempo. La verdad es que nadie piensa sino cuando no hay más remedio. El pensamiento es hijo del obstáculo, de la dificultad vivida.

Se pueden encontrar, en estos últimos veinte o treinta años, algunas voces solitarias que adelantaron, dentro de lo posible, las razones y rasgos de la enfermedad, de la crisis de estructura a que el Uruguay se vena inexorablemente abocado. En su oportunidad registraremos todos estos antecedentes, que configuran lo mejor del pensamiento político nacional, aunque no la política nacional. Sin embargo, el rasgo más claramente ausente en ellos es la carencia de la percepción de las condiciones originales en que se desarrolla la industria en un país como el Uruguay.

I. Acumulación de capital

La crisis fundamental a que nos vemos abocados asomó su rostro en la industria, la burocracia y las clases medias rurales. Detengámonos en la industria. Las viejas polémicas acerca del libre cambio y del proteccionismo hoy son inservibles. Eran, de las dos partes, enfoques viciosos (cosa que no puede extrañar en una. sociedad exportadora de materia prima, en el tímido umbral de su industrialización, enredados todos en ideologías que venían de afuera). Aunque es posible que hoy resurjan en iguales términos, lo seguro es que así sólo sirvan para escamotear el problema real, para eludir los datos más acuciantes de la situación.

¿Cuál es el eje de toda posibilidad de industrializar? En principio uno: una intensa acumulación de capital. La industria moderna requiere una acumulación de capital sin paralelo en ninguna otra época histórica. Ahora bien: acumulación de capital, en el fondo, no es más que acumulación de trabajo. Es trabajo no consumido de inmediato que sirve de base para la satisfacción de consumos futuros. En su más amplio sentido, es la Cultura entera recibida por nosotros, es lo no consumido exhaustivamente en el pasado. Es el esfuerzo acumulado por las generaciones, lo que constituye en última instancia: la tradición. Es el sostén y punto de partidas que las generaciones pasadas vuelcan en las presentes y venideras. El capital es trabajo humano

objetivizado, acumulado, no consumido en vista a la reproducción de bienes de consumo exigidos por las necesidades humanas más variables, pero que radican alrededor de un centro esencial: la subsistencia del hombre, intrínsecamente en peligro de escasez.

La paradoja del desarrollo industrial moderno reside en exigir por un lado, un ahorro del consumo para producir la acumulación del capital, y por otro lado, esa acumulación de capital posibilita la reproducción multiplicada de bienes para consumo, en gran escala, que demanda un mercado apto para recibir esta producción. ¡Compás de estrangulamiento y expansión!

En esa paradoja está la razón última de la crisis del sistema capitalista, o de la paz de hierro que el stalinismo le impuso a Rusia para montar la industria pesada. Sé ha repetido el sonsonete de que el sistema soviético ha evitado las crisis periódicas que asolan el régimen capitalista. Es cierto en un sentido muy exterior, pero no en términos rigurosos, puesto que la dictadura permanente es índice de crisis. La dictadura es el otro rostro de una crisis ahogada, muda. De lo contrario la dictadura sería incomprensible. Y ella no tiene sólo su asiento en el "cerco capitalista", sino en el tremendo sacrificio del consumo que implica levantar en pocas décadas una formidable industria pesada. Por consiguiente hay un hecho clave, común tanto al capitalismo como al régimen soviético, pues es la esencia de toda economía, en la empresa de levantar la industria pesada, madre: el sacrificio del consumo. No otra cosa es el ahorro.

La acumulación primitiva de capital, y un caso ejemplar es Inglaterra, se generó sobre los bajos salarios, o sea sobre el sacrificio del mercado consumidor interno (cierto es que hubo una acumulación anterior, la del capitalismo comercial, que confirma la frase de Spengler: "el comercio primordial va siempre unido a saqueo y piratería". Drake y Morgan terminaron "nobles"). Las crisis en el capitalismo son siempre el desencuentro del consumo y la producción. Salarios bajos son incapacidad de consumo, salarios altos son limitación de la acumulación de capital. Es la paradoja, la antinomia que mueve la historia de estos últimos ciento cincuenta años. ¿Cómo solucionó Inglaterra el problema de montar su industria sacrificando su consumo, sino abriendo puertas a su manufactura en los mercados exteriores? ¿Qué otra fue la intención de las invasiones inglesas en el Río de la Plata? ¿Qué otra cosa fue el reparto del mercado mundial por los grandes imperios europeos? Y a su vez esas áreas dependientes le aportaron a las metrópolis manufactureras respectivas las materias primas y centros consumidores -en las clases altas, e incluso en las bajas: hasta el atuendo gaucho fue de fabricación inglesa- que compensaron la exigüidad del consumo interno y luego les permitieron (fines del siglo XIX) levantar sustancialmente el nivel de vida, iniciando la era de la "justicia social". Pero la etapa de la "acumulación primitiva" estaba ya cumplida, y un Imperio sostenía entonces el aumento de consumo del mercado interno de cada metrópolis. De todo esto sale un corolario: el desarrollo industrial exige una expansión continua, condición de su eficacia.

Otra cosa muy distinta ocurre con las nuevas zonas industriales. Nos encontramos aquí el hecho esencial de tener el mundo repartido por otros. Los mercados exteriores están bloqueados por sistemas finamente estructurados en décadas, por una industria manufacturera, altamente desarrollada con grandes zonas de reserva de materia prima. A los nuevos países subdesarrollados les toca entonces iniciar una experiencia inédita la de industrializar encerrados en un mercado interno exiguo, rigurosamente "nacional". Se podría objetar que esa fue la situación inicial de Estados Unidos (pero no hay duda que se trataba más de un continente que de un país), y el capitalismo norteamericano hizo, su expansión interna, su marcha hacia el Oeste su apoderamiento del Sur feudal. De todo esto surge algo de claridad meridiana: que nuestra situación es incomparable tanto con la inglesa como con la alemana o la rusa.

¿Cómo procedió el Uruguay a realizar su acumulación capitalista? ¿Cómo levanta su industria? En función de dos hechos aparentemente insólitos desde una perspectiva europea: política de altos salarios, de leyes sociales, simultánea al nacimiento de nuestra industria liviana. Así se caracteriza la acción inicial del batllismo, la obra de Batlle. ¿No es una nueva paradoja? Pareciera que aquí las cosas se hubieran dado al revés: alto consumo y acumulación del capital juntos. ¿No eran términos incompatibles? (24)

Un primer sondeo. Nuestro desarrollo industrial, por no tener otra perspectiva que la de un mercado minúsculo, tenía que levantar un mercado interno con poder adquisitivo como para sostener su producción. El Uruguay acababa de recibir el gran impacto inmigratorio finisecular, la gente se apiñaba en el arrabal, había que encontrarle trabajo, medios de vida, y a la vez atender sus necesidades de consumo (comida, ropa, etc.). Por eso la temprana "justicia social". Los altos salarios, la reducción de la jornada de trabajo, etc., no han ido contra la industria liviana que se levantaba lentamente, sino que la han mantenido, en función a la aptitud de la gente para poder comprar su consumo de producción. Pero esto, sin duda, permite la circulación del capital, pero inhibe de raíz su acumulación. A la larga, una intensa circulación de capital le permite a la industria vivir pero no crecer. Y vivir sin crecer es comenzar a morir, detenerse es industrialmente, morir. Pero de todos modos la cuestión es más honda. Sigue en pie la interrogación: ¿y cómo se produjo el hecho misterioso de la acumulación, si ésta sólo puede sobrevivir de un sacrificio del consumo, o sea, en última instancia, de salarios bajos?

Hay respuesta, para esta cuestión, y de manera sencilla. Dijimos anteriormente que el capital es trabajo acumulado, no consumido y objetivizado (en cosas, útiles, establecimientos, etc.). No existe el esfuerzo humano recluido en sí mismo, puramente inmanente (a lo sumo sería así el acto conceptual de la inteligencia), el esfuerzo es transitivo, se encarna siempre materialmente, es una transformación de la naturaleza, es una práctica (praxis) que requiere a la naturaleza. La cultura humana es eso: el punto de intersección, de conjunción de la actividad humana y la materia. Y lo que caracteriza el ascenso de la cultura es el aumento de la proporción en cada cosa o producto, de la cantidad de trabajo social por sobre la materialidad. De manera que la definición anterior no es falsa, sino que es cada vez más verdad en las civilizaciones, industriales.

Estas nociones previas son la llave para entender el proceso de la economía uruguaya. Para no complicar la cuestión tomaremos como ejemplo privilegiado el punto de partida del Uruguay y pasaremos luego a la situación actual.

II. El factor "espontaneidad"

La base de la riqueza uruguaya es la ganadería introducida por Hernandarias en el siglo XVII. Una campaña que por la calidad de las pasturas, régimen de lluvias, ubicación geográfica, etc., era extraordinaria, una "zona óptima", para la reproducción del ganado y su matanza. De ahí las características iniciales de la explotación. A la superabundancia de ganado se agregaba la absoluta despoblación humana de la campaña. Así nace el "gaucho". ¿Qué esfuerzos requería la caza de ganado?: desplazarse con mayor facilidad que los vacunos, o sea domar un potro y jinetear, saber usar el lazo, el facón, adquirir audacia, rapidez, valor, etc., se tenía así, con extrema facilidad, la subsistencia "a mano", y los "capitalistas iniciales" con escaso capital obtenían un gran rendimiento en cueros que tenía valorización en los mercados europeos. La riqueza natural del Uruguay, el factor naturaleza, tenía entonces una importancia absolutamente primordial en la obtención del producto pues éste requería un mínimo de trabajo social (aunque los veinte o treinta hombres que normalmente acompañaban al faenero

trabajaban intensamente). Con escaso esfuerzo social (que no quiere decir escaso esfuerzo individual) se obtenía una gran producción dado el valor en el mercado de la "materia prima". Otras materias, materias primas, exigían en su obtención un trabajo social mucho mayor. Por ejemplo, la plata que se extraía de las minas de Potosí, requería miles y miles de indios en verdadero estado de subconsumo y expoliación. Había pues más trabajo', incluido en la materia prima "plata" que en la del cuero. Esa parte mínima de trabajo social que existía en el producto cuero se refleja en su técnica de explotación socialmente embrionaria y primitiva, sin mayor diferenciación, con poca división del trabajo. Y estamos en el punto al que queríamos llegar: la riqueza del Uruguay aparece con una clara preponderancia del factor naturaleza por sobre el del trabajo social. Esta es la constante ininterrumpida de la economía general del país hasta nuestros días.

No hay duda de que se ha ido generando una "complejización progresiva", un aumento continuo de la división del trabajo, un crecimiento incesante del ingrediente trabajo en la producción ganadera uruguaya. Se han ido especializando socialmente las funciones a través del charque, los saladeros, el mejoramiento zootécnico, los frigoríficos, etc. Pero el rubro ganadería (bovino ovino) constituye la columna vertebral de nuestra economía. En las primeras décadas del siglo en curso -que es lo que ahora nos interesa- constituyó hasta el 90% de nuestras exportaciones.

Como hemos señalado, las llamadas "materias primas incluyen dentro de sí muy diversas proporciones de trabajo social. Y es indudable que nuestra riqueza exportable implicó poco trabajo social en relación a. la distribución de tareas de la población activa del país y en comparación a la "espontaneidad" natural. Esto en i fondo lo reconocen todos los uruguayos. El formidable aumento demográfico europeo del siglo pasado, el a censo de nivel de vida de las masas europeas, valorizarse enormemente a la carne enfriada o congelada, por si excelencias alimenticias. Las características de la explotación ganadera, por zafras, impidieron al imperialismo realizar una política de precios expoliatoria, so pena de liquidar una producción necesaria y que debía renovar de continuo. (Algo muy distinto a lo ocurrido con otros recursos como, por ejemplo, los petrolíferos.) Este fenómeno limitó las maniobras del "pool de la carne", aunque esto no significa que no las hubiera. Tenía empero que tener presente no matar a la gallina, de los huevos de oro. Los productores de carne eran un grupo capitalista nacional y no extranjero. De ahí que los estancieros al defenderse y promover, por ejemplo, el Frigorífico Nacional, coincidieron con el interés propio del país Pero, insistimos, los precios estaban más esencialmente defendidos por la naturaleza misma de la explotación ganadera que por la presencia de un "ente testigo", comprador y vendedor. (Justamente, nadie puede negar progreso en la periferia capitalista de las zonas ganaderas como Australia, Nueva Zelandia, Argentina. No es un "accidente".)

El hecho central es que en este medio siglo el país vivió más por la "espontaneidad" que por el volumen del trabajo social que la población activa invertía en la creación de riqueza exportable. La industria liviana fue desarrollándose lentamente a partir de la primera guerra mundial. "Como los capitales que requiere -a diferencia de la industria pesada-son relativamente bajos, no tenía por qué sacrificarse al consumo y bastaba con el fenómeno de "traslación de la renta" de que hemos hablado anteriormente, de la campaña a la ciudad, realizado ya por "fuerzas" sociales, ya por vía fiscal. Recién en la segunda guerra mundial se puede hacer hincapié en la importancia de la industria liviana. Y aquí comienza, en toda su amplitud, nuestro problema.

El desarrollo en estos últimos veinte años de nuestra industria liviana genera un cúmulo de cuestiones. Es un tema muy vasto, que es necesario aquí comprimir al máximo. En síntesis se puede afirmar que la industria liviana en el Uruguay tiene altos costos de los factores de producción, de difícil abatimiento, dada su dependencia intrínseca de bienes de capital importados en la proporción ascendente a su crecimiento, la exigüidad del mercado evita la tecnificación a fondo, y todo ese aumento de costos recae inexorablemente sobre el consumo y los otros rubros productivos del país. La productividad industrial así atrancada no está en condiciones de competencia en mercados exteriores, pues enfrenta industrias más modernas, más técnicas, de rendimientos superiores. En una palabra: la industria liviana implica una doble dependencia: por un lado depende de las industrias pesadas de los centros manufactureros (éstos saben muy bien que países no industrializados son malos clientes) y por otra parte depende de nuestras exportaciones agropecuarias para cubrir sus necesidades externas. Un caso dramático es el "tops", industrialización primaria de lana, pues sólo implica su lavado y peinado, y que no puede salir del país sin primas esenciales, que los poderosos consideran "dumping". De este modo las exportaciones agropecuarias sostienen la vida' entera del país cada vez más, y en consecuencia cada vez menos, puesto que nuestra agropecuaria está estancada y los costos internos -por si fenómeno señalado- en ascenso. Tenía entonces qué suceder lo inevitable. Un consumo capitalino cada vez mayor, por crecimiento de población, una industria que sólo puede subsistir y desarrollarse a través de una quita cada vez mayor a la agropecuaria, y terminamos devorando las exportaciones de carne (que ni alcanzan para el consumo interno y que ya tiene precios superiores a los del mercado internacional) y el país entero quedó pendiente sólo del vellón. Ese es ahora nuestro único "oro blanco". La tendencia es esa: una quita cada vez mayor de la agropecuaria sin general como contrapartida nuevos rubros de exportación y las divisas se achican cada vez más repercutiendo sobre la creciente exigencia de la importación de la industria y el consumo.

III. La crisis estructural

El círculo se cierra. Sin la prosperidad de nuestra, agropecuaria, la industria condenada al diminuto mercado interno y a la importación de bienes de producción del extranjero, ve temblar sus cimientos al estancarse y caer en nuestras exportaciones. Y esa es la razón primera de nuestra crisis industrial: la crisis de nuestras exportaciones a que la misma industria ha contribuido al limitar la capitalización profunda de la agropecuaria. Estos son los hechos desnudos a que nos vemos enfrentados, la primera razón de la crisis general del país. Como era lógico, el primer efecto tenía que producirse en los frigoríficos, y los frigoríficos o se han ido o están paralizados. El desastre social que sufre hoy nuestra principal concentración industrial y obrera en el Cerro no está encerrado en sí mismo. Es el espejo del futuro próximo del país, de no cambiarse radicalmente de rumbos.

Sin embargo sería injusto hacer recaer las culpas en la industria liviana. Esta, a pesar de sus limitaciones esenciales, cumple un rol positivo, de consideración. Mal que menos, produce. Si bien genera dependencias nuevas nos ha librado de viejas dependencias. Ha permitido levantar el nivel de vida, dando lugar a un trabajo social auténtico, aunque no genere rubros exportables. Lo grave es, aparte del hecho insólito de algunas industrias totalmente artificiales, que no se asientan sobre la materia prima nacional, la tremenda "desocupación disfrazada" que padece el país. El escaso trabajo social invertido en la agropecuaria y el rol de la "espontaneidad" en los altos precios recibidos, nos han permitido un subsidio a una gran parte del resto de la población activa del país, nos ha permitido mantener un ejército de consumidores que no eran reales productores. La "plus valía" de la "espontaneidad" de nuestra producción ha permitido aguantar

la "minus valía" de consumidores no trabajadores. Claro que a medida que estos últimos aumentaran proporcionalmente, el Edén se transformaría insensiblemente en Infierno. El punto donde esto es más nítido, aunque no sea el único, es el de nuestra patológica burocracia. Cualquiera puede ver que duplica o triplica lo necesario (la proporción de 200.000 burócratas sobre 950.000 de población activa, es de por sí elocuente). Y eso, mucho más que la industria liviana es factor negativo. La industria liviana puede sostenerse con las debidas rectificaciones, pero con la suma negativa de la "desocupación disfrazada", la situación se vuelve insostenible.

Lo que habíamos dicho antes: la burocratización era una salida de la gente que no tenía acceso a las fuentes de producción esenciales, trabadas por el latifundio. Es la estructura entera del país la que está viciada. Porque otro hecho a retener aparte de la quita que se hace a la agropecuaria, es que en ese mismo período -cuando el agua no llegaba al cuello como ahora por los factores internos-, indica Ruano Fournier: "La gran facilidad que tuvo nuestra ganadería para sacar rendimiento y criar sus rodeos y majadas a la intemperie y en condiciones totalmente naturales, vendiendo a cotizaciones convenientes su carne y su lana, hizo que el esfuerzo del ganadero oriental se limitara a retinar razas para acompañarlas al ritmo de las exigencias de la demanda, pero manteniéndose dentro del primitivismo pastoral en que está estancada la ganadería. Con este plácido optimismo de métodos se ha desarrollado una explotación de bases económicas sumamente precarias y cuya debilidad se experimenta amargamente en las épocas de crisis aguda, como ocurrió en 1921-22 y se está pasando en 1932-33(25). Atraso de la agropecuaria y desocupación disfrazada ciudadanas, son el anverso y el reverso de un mismo fenómeno de prosperidad paradójica que el país ha vivido en estos últimos cuarenta años, y que rehace más sobre el valor "espontaneidad" que sobre el valor de trabajo social invertido. Lo que nos ocurre ahora es que ese valor "espontaneidad" ya no puede sostener al país, de tan recargado que está indirectamente. Y eso señala el fin histórico del "batllismo", encarnación política, perfecta de esa primacía humana de los consumidores (26). Un conjunto de circunstancias se conjugaron para hacer posible tal aberración: hoy esas circunstancias han desaparecido, llegaron al paroxismo de su absurdo. ¡Tan viable y amable por lustros!

La caída de la moneda uruguaya obligó al decreto del 3 de agosto de 1956. Pero llegó mal y a destiempo. Como no incidía sobre la estructura del país, esa misma estructura viciosa hizo que la intención de promover y estimular las exportaciones diera un giro completo y se transformara en un abridor de grifos para las importaciones, incluso aquellas no imprescindibles. Pero la cosa se siguió complicando, porque el Banco República, pseudo banca central de nuestra economía, había sido principal incitador de ese atosigamiento de importaciones. La demanda voluminosa de los importadores estaba sostenida por el desprendimiento -que comenzó hace ocho años- de dar libre curso al redescuento de la Banca privada. Y aquí aparece el fantasma travieso, aventurero del redescuento. La multiplicación del redescuento es poco menos que inverosímil, y aparece como paliativo falso de una economía en franca crisis de producción y con necesidades de consumo crecientes. El expediente del redescuento permite a la plaza eludir las dificultades de forma depósitos de garantía sin disponibilidad real en las manos. La expansión monetaria sin freno, sin auténtico respaldo en la producción, en especial la exportación, tenía que trancarse en forma abrupta. Pero ese aceitado mecanismo del redescuento que las masas entienden tan poco como a la lógica matemática y se les puede jugar de alto, en la altura donde agitan sus alas los caranchos, revela la verdad de todo lo que hemos dicho del paroxismo de un consumo sin rendimientos. El decreto del 3 de agosto murió de un síncope en octubre de 1957, pero la verdad es que el atosigamiento de importaciones no era tal, pues lo cierto es que en años anteriores las importaciones necesarias estuvieron restringidas y el equilibrio era inestable, fatalmente tenía que desnivelarse nuevamente, so pena de un fuerte golpe al comercio y la

industria. El golpe vino de todas maneras, y la situación continúa en iguales términos. De ahí, en esta amarga etapa de transición, las contradicciones de nuestro dirigismo, su andar a tumbos con medidas que no se atan por ningún rabo. El ritmo de las reacciones sumarias, deshilachadas, de un gobierno ante solicitudes diferentes y contrarias que se están agudizando paulatinamente. Es que la estructura viciosa quiere sobrevivir al mismo tiempo que ya no puede hacerlo. La mar está revuelta y los vientos forman torbellinos y el barco no atina a timonearse. Y cuando una economía está enferma es la hora de los caranchos, de los que lucran con la enfermedad. Así, hemos visto cómo huelgas recientes se transmutan en ganancias especulativas en la Bolsa, cómo aumenta el run-run de especulaciones con el dólar. El Estado tiene que tirar oro por la borda para nivelar el barco. Lo absolutamente previsible es el encarecimiento general de la vida sin horizontes. Aplicando la denominación de Pareto, es la "plutocracia demagógica" la última y lógica etapa del Uruguay de estos últimos cuarenta años. El momento en que se conjuga el halago imposible al consumo con la especulación al amparo de diferencias de cambios cada vez más pronunciadas. Donde la ganancia está no en la producción sino en el manejo de los desniveles monetarios (recordar la evasión de divisas con las falsas declaraciones juradas de exportación de lanas, el imperio del contrabando en todos los renglones). Y la plutocracia demagógica se salvará a medida que la tormenta arrecie, fugando con sus capitales. Hace tiempo que pegan el grito aquí y ponen el huevo en Estados Unidos, único país de moneda "dura". ¿Acaso no sabemos de los millones de dólares colocados allá? Hoy el optimismo queda reservado para los que medran, ellos son los únicos tranquilos del país.

IV. Rectificar rumbos

¿Qué hacer entonces? ¿Qué rumbo tomar? En primer lugar, fortificar directamente a la agropecuaria, única fuente de riqueza exportable. Para ello la ruta es obvia: terminar con el régimen de cambios múltiples, ir a la paridad de la moneda. Que las fuentes de auténtica producción sean estimuladas y capitalizadas, vía de mejoramiento técnico. Es un hecho que la moneda tiene raíces, autóctonas, y esta gran "unificadora" de actividades y productos infinitamente variables en la complejidad de la vida económica moderna, debe tener en el Uruguay un solo valor. De ahí la consigna ruralista: moneda sana y a la par. Moneda sana, porque su único valor termina con la "plutocracia especulativa", evita las maniobras con los desniveles monetarios. Por otra parte es incierto que la paridad monetaria agudice el costo de la vida. No es el pueblo quien usufructúa las diferencias cambiarias; esa quita queda en los bolsillos de los importadores y contrabandistas. Además no es posible perseverar en el mito utópico de proteger el consumo en desmedro de la capitalización de las fuentes de producción. Pero por supuesto, esto no es todo. Al ordenamiento monetario debe corresponder el ordenamiento económico. No hay política monetaria eficaz sin política económica paralela. Así, no se trata sólo de salvar a las clases medias rurales, de afianzarlas. Es necesario abrir el campo a todo ese volumen de población activa que es el peso muerto de la, "desocupación disfrazada". Para ello, el Uruguay se enfrenta por primera vez, como cuestión de vida o muerte económica, con la reforma agraria. Hay que terminar con el latifundio. Una agropecuaria como la uruguaya puede sostener a millones de productores más, que pueden ser sí auténticos consumidores. La agropecuaria necesita multiplicar su población activa para que ésta pueda multiplicar la ganadería y la agricultura, para que el trabajo social actúe como multiplicador, por su necesaria tecnificación de la riqueza "espontánea". Se trata entonces de salvar el "sur-plus" de espontaneidad por medio de una mayor inversión de trabajo social. Pero al latifundio no se le liquida con una mera división de tierra. Repartir la tierra no es reforma agraria. Exige esto además una serie de medidas concomitantes. Por lo pronto una orientación total del crédito hacia la campana. El drama de las clases medias rurales está en la falta de crédito, que frena

todo el desarrollo técnico y económico a fondo. Terminar de una vez con la locura hipotecaria de la "casa propia" y los rascacielos, que empantanar al exiguo ahorro nacional en bienes no reproductivos. No hay ejemplo más hiriente que el falso esplendor de Punta del Este, artificio odiado por las clases medias rurales y los "cantegriles" de los suburbios montevideanos. En una palabra, se necesita toda una nueva política económica, que chocará con los intereses viciosos ya constituidos, con inercias psicológicas tanto del mundo rural como del mundo urbano. Que no se cambiarán sin dolores. Ese es el camino espinoso que nos espera: que Nardone y la Liga Federal sepan o puedan recorrerlos, es harina de otro costal, que no afecta los términos de nuestras necesidades. ¡Y si no se animaran a recorrerlo, pues peor! <

En síntesis: terminar con las diferencias cambiarias, reorientar la política crediticia con la Banca Centra], reforma agraria (que es más bien "colonización" dada la escasa densidad de población rural, que dificulta enormemente las cosas), protección aduanera firme 'a la manufactura nacional, liquidación de la "desocupación disfrazada" y su corolario la mentalidad de consumidores. Un plan de aliento que precisará años de convulsiones y problemas. Pero las cosas son claras: el Uruguay no tiene porvenir industrial autóctono, pues no tiene posibilidad de industria pesada. De diferente manera se plantean las directivas en Argentina y Brasil, por ejemplo, que justamente está en la ímproba y factible tarea de montar esa industria pesada. ¿Que esto es señal que el Uruguay continuará como "dependiente" de los centros manufactureros? Pues, ¡claro! No existen objetivamente otras salidas que la integración latinoamericana, para que pasemos a vincularnos a las industrias pesadas brasileñas, argentinas, chilenas, etc. Y esa es en última instancia la única solución uruguaya por tener sentido nacional. Aunque ya no sería justamente "uruguaya" sino latinoamericana. Pero entre tanto, ¿cómo atravesar el interregno? Las sociedades no pueden esperar como un yogui, impasible, sucesos futuros. Hay que seguir viviendo en la transición de alguna manera.

Notas:

(24) Es muy interesante traer a colación las tesis de Eudocio Ravinez. Haremos una exposición sintética de ellas. Ravinez señala las dos grandes instancias históricas de típica industrialización. La europea del siglo XIX y la soviética contemporánea, En ella se produce, para el montaje de la industria pesada, con la consiguiente acumulación de capital que exige, una despiadada explotación del trabajo humano. Tanto en la era de la "acumulación primitiva" del capitalismo liberal como en la "acumulación planificada y forzada" del stalinismo, el hombre se desdibuja y se convierte en mero factor de producción. Fue' ron dos economías que se levantaron sobre la miseria. Bajo distintas modalidades, pero con igual frialdad, es que se erigieron las grandes acumulaciones de trabajo moderno que se han objetivizado en la industria pesada. Nunca la historia exigió un tal ahorro, un tal estiramiento de la escasez, para montar fabulosas industrias, promesa de abundancias no conocidas. Ese es el nudo de nuestro tiempo. Y bien, ¿qué nos ha ocurrido a los latinoamericanos?, pregunta Ravinez. Que los latinoamericanos han creído saltar por sobre la ley de acumulación de capital. Así, han caído en "la ley de bronce de su frustración". Para Ravinez la cuestión es insuperable en sí misma. En efecto, denomina "justicialismo" a todos los movimientos» que han irrumpido en las últimas décadas con la doble y simultánea consigna de industrializar y hacer justicia social. Es un rasgo común que va de Cárdenas, Haya de la Torre, hasta Getulio Vargas, Perón, Paz Estensoro, etc. Que se ha extendido como un reguero de pólvora del Caribe al Rio de la Plata, en un vaivén tumultuoso de éxitos y derrotas. De éxitos aparentes y una sola derrota sustancial: la ley de acumulación de capital es inevitable, rige en cualquier régimen, y ella indica que la redistribución sigue a la acumulación como la cosecha a la siembra. Que la redistribución prematura frena la acumulación y no hay conciliación posible.

Son "dos rígidas etapas sucesivas, la primera de las cuales condiciona férreamente la segunda". En una palabra: que nuestra ilusión ha sido poner el carro antes que los bueyes. La distribución de ingresos evita una acumulación a fondo, impide la renovación industrial, envejece las máquinas al devolver una parte especial del producido, en una justicia distributiva prematura, anterior a la abundancia bien asentada. Los ejemplos abundan, ¿la redistribución no fue el tema predilecto de los economistas europeos de fin de siglo, cuando el capitalismo ya estaba afirmado? El "deshielo" soviético, la preocupación por el consumo de Malenkov y Nikita Kruschev, ¿no es el equivalente en un proceso análogo, es decir, luego de la "acumulación primitiva" stalinista? Tal la sombría tesis de Ravinez. Un tiro de muerte al idealismo "arielista" a los líricos de la pequeña burguesía (estudiantado), propinado por una lucidez filosa y amoral. Pero que tiene la virtud de hacer pensar verdaderamente. Quede aquí meramente como ejercicio para pensar desde problemas y no desde soluciones. Y conste que no comparto, por falsas, las deducciones y actitudes que Ravinez extrae, deriva, de esta tesis.

(25) Agustín Ruano Fournier: Estudio económico de la producción de carnes en el Rio de la Plata, (1936), pág. 90.

(26) Estos son los vicios consecuentes del "georgismo" político de Batlle. Los atenuantes ya los he formulado anteriormente.

FIN DE LA VIDA COMO ESPECTÁCULO

Todo ese cambio de estructura que el Uruguay requiere no puede hacerse sin el entendimiento directo de las clases medias rurales, la pequeña burguesía urbana, el proletariado y los sectores industriales conscientes. Las aperturas de la situación nacional sólo es posible sobrellevarlas y superarlas por medio de una conjunción nacional. Cualquier camino divisionista será fatal para el país y para los propios grupos sociales que pretendan poder hacerlo 'todo por sí mismos. Comprendo perfectamente que la operación es difícil, hay mucho lastre, muchas viejas rutinas a romper.

Dada la estructura del país, la pequeña burguesía juega un rol decisivo. Los grandes movimientos nacionales de la periferia han sido encabezados por la pequeña burguesía, que ha tenido un papel protagonice. Ejemplos claros son los de todo el Medio Oriente, donde ha puesto en jaque a las viejas y corrompidas formas feudales y al imperialismo. Además, la pequeña burguesía es la proveedora natural de dirigentes políticos en el país. Tanto a la derecha como a la izquierda. Bien mirado, casi todos los dirigentes de la izquierda son nítidos integrantes de la pequeña burguesía. Esto es pues un sector social fundamental. ¿Qué incompatibilidades existen entre la pequeña burguesía urbana y el nuevo ruralismo? ¿En qué sentido se necesitan?

I. Psicología de consumidores

La pequeña burguesía urbana no podía escapar, como es lógico, a los vicios estructurales del país. Es también un ingrediente de ellos. Será una pronta víctima de ellos. Es uno de los sectores más impregnados por la mentalidad de "consumidores". Y en todos los terrenos, incluso los intelectuales. Apartarse de la actividad productiva es apartarse de una forma esencial de creación. La pequeña burguesía es entonces consumidora principal no sólo en el terreno económico sino ideológico, en los más diversos planes culturales. A la condición dependiente del país se le introduce un multiplicador: el multiplicador de una infraestructura económica en que predomina el consumidor por sobre el productor. Porque la vida es una totalidad, y no puede extrañarnos que seamos uno de los países con público más "enterado" en literatura, cine, etc. Más inútilmente enterado. Pero la prosperidad económica -envidiada por Latinoamérica

entera- se nos ha esfumado con la Pax Britannica y la lógica del desarrollo interno del país. Por lo menos desde 1948 el Uruguay está perentoriamente exigido de pensar por sí mismo en términos financieros y económicos, que no había hecho nunca. No estábamos acostumbrados a tales menesteres. La vida pública uruguaya estaba dominada por los abogados, por los "administrativistas", por los "contadores" y algún médico. La explicación es sencilla: los ingleses pensaban en economía por nosotros y la economía marchaba más sobre el valor "espontaneidad" que el trabajo social. El Imperio nos dejaba el "arreglo doméstico", la administración. Hasta nos consintieron algún desplante, sin llegar a mayores.

Hay hasta episodios risueños (y trágicos) que iluminan tal situación. A raíz de la Gran Depresión de comenzó a aflojar definitivamente el vínculo estrecho con Inglaterra. Lo Conferencia de Ottawa nos dejó con aire prescindente y humillante en la periferia de un sistema que se recogía sobre sí mismo y entraba también en la vía de un "imperial nacionalismo económico". Fue en ese momento que el Uruguay se las vio por primera vez en figurillas, por lo menos en lo que va del siglo (en el 22 vinieron rápidamente los empréstitos Hallgarten). Tenía que afrontar por sí la crisis económica y financiera, y esta vez sin empréstitos. Se hizo entonces aquella operación esotérica y misteriosa del "Reavalúo". Tan ajenos estábamos a las ciencias económicas - reservadas para pocos iniciados- que al autor (Charlone) se le motejó "Fu-Man-Chu". Tenía algo de mago y malabarista ante los ojos desacostumbrados del uruguayo. Así con "Fu-Man-Chu" se cierra la era de los administradores y se abre la de los economistas. Aunque el paso, es cierto, fue lento y trabajoso. La post-guerra nos dejó solos. Con una punta de Entes Autónomos en la mano y sin plan alguno. Nuestros economistas no llegaban ni a la media docena. Eran la avanzada prematura de la nueva sensibilidad, y se vieron condenados a la melancolía, al aislamiento. Como el caso "proustiano" del director de "Marcha". Pero poco a poco la sociedad entera -se iba cerrando la era de los consumidores- se vio acometida por la fiebre de los problemas económicos y financieros. La Facultad de Derecho entraba en su ocaso y la de Ciencias Económicas -fundada por la Gran Depresión- inauguraba su prestigio. Es que teníamos que aprender economía o morir. Hasta los "urbanistas" de arquitectura se han puesto economistas y sociólogos. Pero, el desperezo es lento. Parecería que todos tuviéramos el hábito de caminar con "viento a favor". La inercia es grande, pues mal que menos en el curso de cuatro décadas se habían sorteado bien los obstáculos. Hubo alguna resbalada memorable, pero la cosa no pasó a mayores.

Tirios y Troyanos, izquierda y derecha, competían en liberalismo, indulgencia, en una concordia última, y las divergencias hacían ruido, levantaban espuma, pero no herían. Y mucho menos de muerte. Teníamos pues todas las virtudes de una comunidad pacífica. Las aperturas no nos habían exigido convertirnos en máquinas de calcular y producir, severas y puritanas. Entretanto, ¿qué mejor que las virtudes alegres de la improvisación, el remiendo ingenioso, la bonhomía, y el sano escepticismo para con los números y las estadísticas (el último censo es de 1908), la tolerancia incluso con el "arribismo"? Así, la indudable prosperidad -a pesar del drama silencioso pero sin capacidad de presión del bajo mundo rural- no sólo permitió la existencia de una sociedad abierta, en la que los grupos sociales no se solidificaban, no eran herméticos, sino que además permitió la supervivencia, de una psicología claramente pre-capitalista oriunda de nuestras remotas raíces gauchescas y nuestros modos de producción. Y no sólo gauchescas, sino también españolas e italianas, pues el impacto inmigratorio no alteró -como hemos ya dicho- nuestra psicología social. Es bueno recordar que un escritor norteamericano, fiel a la tradición puritana, que fue el cimiento poderoso de lo que llama "el imperio del hombre previsor", clamaba recientemente contra el estilo que se difundía ahora en su país, proveniente de minorías italianas, irlandesas y su "culto a la improvisación" (desde "Vive como quieras" hasta

el gangsterismo), la sustitución de la categoría de la causalidad rigurosa, por el amor al destino, el azar, el misterio. Y ese escritor sagaz veía un peligro para los que sostenían "the american life" No es de asombrarnos que nuestras tradiciones sean un contrapeso para la marcha eficiente de nuestro capitalismo (¡y la exigüidad del mercado!), de nuestro espíritu de empresa, de nuestra aptitud para organizar a fondo la producción de acuerdo a las exigencias de eficiencia y el rendimiento que pide la economía contemporánea.

II. Muerte de un estilo

Nuestra crisis no es puramente económica. Si sólo fuera así, por más disturbio que produjera, el substratum último de nuestras modalidades no estaría en peligro. (Como, por ejemplo, ocurre en la Alemania de la destrucción de la guerra.) Si nuestra modalidad se hubiera adaptado al ritmo que exige la economía capitalista, podríamos contar con una reserva psicológica invaluable, con un verdadero capital humano. Pero no es así. Lo que tenemos delante no es sólo la -pérdida del crédito internacional, la caída de la moneda, la paralización de las exportaciones. La cuestión es más profunda. Tenemos sensación de afrontar un cambio radical en los modos de vida del país. La economía es también espíritu. Es un modo de objetivización de las relaciones humanas. Si la economía es un instrumento material, la mano tiene que adaptarse al instrumento y el alma del hombre a su mano. Nosotros no hemos creado el mundo económico moderno, no hemos sido sus impulsores, no está afianzado en nuestra sangre y nuestro espíritu. Lo hemos recibido hecho. Como en todo, lo consumimos. No es de extrañarse entonces ese cisma sutil, ese desacomodamiento, que existe entre las cosas que tenemos irremediablemente que manejar y nuestro estilo. La holgura que nos trajeron -especialmente a la pequeña burguesía-, casi del cielo, las carnes y lanas, permitió la vida de esta ciudad alegre y confiada de Montevideo. Nos permitió encogernos de hombros antes los presupuestos desequilibrados, la imprevisión económica y financiera, creíamos en hados protectores, en la fortuna del azar, una verdadera pasión nacional con sus quinielas, loterías, hípicas, etc. "Dime cómo te diviertes y te diré quién eres". Por eso el desasosiego actual ciudadano. En pocos meses el país ha tomado conciencia angustiosa, teme por sus imprevisiones, Las virtudes añejas corren peligro de ser convertidas, por el peso de las cosas, en vicio. Nuestros hábitos de navegantes "con viento a favor", en trasmutarse en obstáculo para andar "con viento en contra". Que la tolerancia de la pequeña burguesía, por la alquimia de los acontecimientos, se vuelva incapacidad de respuesta frente a la historia. Así el estupor recorre por igual a todas las clases sociales. La estructura entera es viciosa. Y los hechos están allí, sólidos, indubitables, siempre delante nuestro. Nos ganan siempre por una cabeza. Es que ahora la conciencia política -salvo en las clases medias rurales- va a rastras de los acontecimientos, los hechos no son alcanzados por nuestra razón. Por eso no es un azar la incapacidad del Estado para elaborar planes, para proyectar con realismo. No hay plan ni proyecto sin dominio de la circunstancia. Y la actual generación de políticos que nos gobierna es el espejo, el resumen, de los grupos sociales de donde provienen -la pequeña burguesía urbana- con su psicología de gobernar para consumidores. El saldo que deja la actual generación dirigente es tremendo. Los cincuentones de hoy, los que tenían la responsabilidad de la dirección, se han encontrado tomados por un mundo nuevo para el cual no estaban preparados. Se han topado con que las cosas decretaban la caducidad de sus esquemas ideológicos. Que las consignas añejas de Proteccionismo versus Libre Cambio, son ahora un escamoteo, una ingenuidad común. Son herramientas sencillas, inaptas para la nueva circunstancia y que exigen -por lo menos- ser reelaboradas radicalmente. Lo cierto es que estas transformaciones históricas les tomó maduros, sin posibilidad de adaptación profunda, no teniendo más remedio que perseverar en los senderos trillados, costara lo que costara. Se encontraron un buen día, entre otras cosas, con que la campaña, aquel ámbito rural de

mansedumbre tradicionalista, bajo el imperio de sus apremios económicos y la prédica de Nardone, sabía más del sentido de los "cambios diferenciales" que los políticos, habitantes de un limbo burocrático. A los tumbos, el país seguirá andando, dejando a su vera toda una generación política frustrada (en todos los partidos, sin excepción), sin grandeza. Que tiene, es cierto, atenuantes para su pequeñez, su inmediatismo. Ella también ha sido quizás una víctima de la historia. Pero el resultado es inevitable: a nuestros ojos, ella no deja más que una estela de tristeza.

¿Cómo se relacionaba Montevideo con la campaña? Sobre la "plus valía" de la "espontaneidad", se montó un Montevideo seguro, habilitable, dilatado, con ramblas espléndidas, en tanto que las clases medias rurales se extenuaban en silencio, en las memorias de las montoneras, desparramadas en el espacio. La única voz que Montevideo oía entonces era la de los grandes estancieros de la Federación Rural. El resto quedaba mudo, sin saber exactamente qué pasaba, atado por viejas fidelidades patriarcales o deudas con los poderosos, con complejo de vencido y postergado. Montevideo podía usufructuar de una redistribución que le era favorable sin remordimientos. ¿Qué remordimientos podía causarle la Federación Rural? ¿Qué otra campaña que esa tenía presente? Podía pues, acoger su felicidad sin mala fe, sin vacilaciones de conciencia. Era suficiente, a lo sumo, si algún resquicio quedaba, curárselo con indignaciones literarias y planes utópicos sobre el campesinado y la colonización agraria (¡Sin participación activa de las clases medias rurales!). A lo más le mandó al campo "misioneros" sociopedagógicos y se lavó las manos.

Es evidente que la dependencia no fue penosa para el Uruguay que ocultó ante sí mismo esa condición. Aquella sociedad desgarrada durante todo el siglo XIX encontró la paz. En medio de las tempestades mundiales fue remanso, refugio de tranquilidad. Entonces, como no hadamos la historia, decidimos gozarla. El hombre necesita del peligro como el pan, y cuando éste no es inmediato, lo pide imaginario. Apoltronados en nuestra pequeñez, convertimos la historia en el más vasto y apasionante espectáculo. La dependencia, que en otros países convirtió la vida en sufrimiento, en nosotros se transmutó en vivir la vida como representación. La no inserción en la producción estimula la vida representativa. En la representación vivimos "peligrosamente" desde las trincheras de Teruel, la batalla de Londres, la reconquista de París, etc. Tuvimos la más grande participación imaginaria en la historia contemporánea. Afrontamos todos los riesgos y angustias como si fueran nuestros, en una pantalla cinematográfica de dimensión mundial. Compensamos así nuestra pasividad en representación. Teníamos todas las ventajas de la seguridad junto a los suspensos del drama. En ningún otro lugar se ha dado más claramente que en el estudiantado.

Pero todo va cambiando desde 1952. La guerra de Corea fue el último alimento pirotécnico de nuestra imaginación y de nuestra economía. La guerra fría ha hecho perder colorido al espectáculo. Se desenvuelve en tediosas tensiones diplomáticas. La pequeña aldea que somos se encontró nuevamente consigo misma, con su "tres y dos", con su estrecha infamia de las Cajas de Jubilaciones, etc., madurando a solas nuestra crisis esencial, propia, después del espectáculo de tantas fanfarrias y disfraces. Nuestra imaginación sufrió también, a su modo, los desencantos y angustias de la postguerra. Nuestro saber enciclopédico, escolástico y gratuito, estaba suspendido sobre un vacío tremendo en la conciencia de nuestra propia historia. Con un globo de representaciones mundiales, no sabíamos qué diablos había ocurrido con el país, con su génesis y desarrollo. El "latinoamericanismo" abstracto estudiantil era la primera aproximación ciudadana. Del internacionalismo puro, venía al latinoamericanismo en ruta hacia el país. Y ahora, cuando sentimos que la economía tambalea, sin el colorinche extraño y

cautivante de las guerras mundiales, tenemos que volver, como el hijo pródigo, a la casa humillante de los mayores.

III. Las dificultades de la integración

Y en todo esto está nuestra perplejidad. Ninguna clase está exenta. Hay estancieros nostálgicos del "chilled", cabañeros que progresan en el vacío, obreros que presienten que los aumentos de salarios son cada vez más mendaces, políticos que se aterran a las divisas partidarias, y a su tarea de proveedores de puestos y jubilaciones. En una palabra: el marasmo. La perplejidad de una economía nacional que ha llegado a sus últimos límites. La vida como representación nos ayudó a vivir nuestra paz, regalándonos aventuras. Hoy ella es freno y obstáculo para resolver las contradicciones a que nos vemos abocados. La pequeña burguesía urbana, por la índole misma de sus tareas, no está afincada directamente en las fuentes de producción. Tiene una tentación inherente de "idealizar". De ahí que esto, sumado a la holgura, le permitiera a espaldas del interior. Allí reside la raíz de su incompreensión hacia nuevo ruralismo. Éste a su vez, sin trabas de ideologías prefabricadas, se ha movido con realismo dentro de las estructuras existentes. Pero no puede dirigirse a sí mismo. Una de sus más graves dificultades está en la virtual imposibilidad de formar nutridos cuadros dirigentes. Un hombre de las clases medias rurales, aislado semanas en su campo, no puede ser naturalmente dirigente. El centro de la política sigue siendo y será urbano. El hombre rural, apegado a ritmos naturales, es más elemental, le es difícil conceptualizar, no tiene impulso de constructividad intelectual. La inteligencia es eminentemente ciudadana, es burguesa. Tenemos entonces un gran movimiento casi instintivo, que no podrá nunca plasmar por sí mismo nuevas instituciones. El movimiento futuro del país será en un doble sentido: la "urbanización" de las masas rurales y la "ruralización" de la inteligencia, urbana. Las dificultades de esta integración son las dificultades mismas del país. Y por ende, se entienden las actuales vacilaciones, debilidades, opacidades, del ruralismo. En cuanto al otro sector: la estructura viciosa envuelve a la Universidad misma con 2800 estudiantes de abogacía y 100 de agronomía (27). Los peligros de esta separación entre las clases medias rurales y las urbanas son evidentes. Pueden conducir al nuevo ruralismo a empantanarse rápidamente en caducas burocracias partidarias, que le tienden la mano sólo para sobrevivir en las viejas rutinas, poniéndolo en peligro inminente de frustración. La medida de la comprensión mutua será dada, en última instancia, sólo por la violencia de la crisis. En la medida que se nos haga imposible ser espectadores de nuestras propias contradicciones, y nos sea más perjudicial quedarnos en ellas que salirles al paso. No veo otra posibilidad real de salida. Por hoy, la situación sigue enredada. La pequeña burguesía urbana seguramente preferirá creer que los vicios son de orden meramente moral y no estructural. Pensando que lo que ocurre es culpa de "ladrones" se obvia de problematizar su propia situación y el lugar que ocupa en la estructura viciosa.

En cuanto al proletariado, unas rápidas consideraciones. No hay proletariado decisivo sin gran concentración industrial. El proletariado es capital teniendo la llave de la industria pesada. Si no, va inmerso en los movimientos populistas. Nuestro proletariado corre también la suerte del país y de la industria liviana. Objetivamente no está en condiciones de un rol protagonice, y no es un azar que comparta ampliamente la mentalidad de la pequeña burguesía. Que nuestros partidos obreros no representen sino un porcentaje pequeño de nuestro proletariado, y que incluso estén formados muy considerablemente por pequeños burgueses. La táctica puramente económica de réplica mecánica a la inflación, en estas condiciones adversas, está condenada a una cadena de fracasos. La crisis del mundo consumidor uruguayo plantea el problema de los estímulos y del rendimiento. Por eso mismo parecen importantes nuevos objetivos: doble

sindicatura y participación en las utilidades. Es por otra parte, el mejor control para que las ganancias de la empresa no se evadan o se inviertan mal. El proletariado no puede desinteresarse del porvenir de las industrias que le dan vida, y hoy la revolución es en el Uruguay mitológica. En el futuro, sólo cuando en Argentina y Brasil se consoliden las industrias pesadas y el movimiento obrero, el proletariado uruguayo saldrá de su dependencia por añadidura. Antes, no es posible ni plantearlo seriamente. Puede sí el proletariado presionar a fondo para sostener e impulsar a las clases medias rurales en la difícil tarea de la reforma agraria, que todavía hoy no se plantea en todos sus verdaderos términos. Claro que hay grandes diferencias psicológicas entre el proletariado y las clases medias rurales. Los obreros conviviendo horas en el taller, asalariados, son tendencialmente socialistas. Su propio rol en la producción los conduce a ello. Mientras que las clases medias rurales son afincadamente propietarias, no tienen relaciones abstractas con la propiedad, sino muy concretas. Incluso un sentido corporal de la propiedad, diluido hasta en los capitalistas de las sociedades anónimas. Y tendríamos que repetir con relación al proletariado la mayor parte de las reflexiones hechas a propósito del país y de la pequeña burguesía. Nos excusamos pues de continuar adelante (28).

IV. Última reflexión

En resumen hemos vivido más como reflejo que como proyecto. La historia tiene para nosotros la opacidad de una cosa hecha, la fatalidad de una cosa redondeada sin nuestras manos. La historia se nos ha dado como un fetiche irracional que nos otorga buenas o malas cosechas, que nos pone el rostro próspero de Corea o nos frunce el ceño y congela nuestro destino y economía. Por eso el Uruguay no puede asir el sentido de los procesos históricos y los resuelve en anécdota o novela policial. A nuestros ojos la historia, ese monstruo denso, oscuro, se disuelve en psicología. Todo termina en dictadores patológicos, en héroes malos y buenos, honrados o no, y en el imperio mágico del Derecho. Esta actitud nos ha llevado a una perseverante mistificación o a un tradicionalismo amurallado. Pero tal situación no se soporta en la hora de peligro. Todos empiezan a sentir que un estilo de vida, que todo un auténtico modo de vida uruguayo, entra en el pasado. La capitulación económica es, ante todo, el fin de una etapa satisfecha, mansa, llena de bonomía afable a imprevisora. Entonces, felizmente imprevisora. Ahora, las leyes económicas nos enseñan que no hay fintas que valgan, que no hay esquivar. Seguir, sería pensar que el mundo puede ser al revés. Pero, para nuestra desgracia, a despecho del cielo límpido y cálido, en el umbral de la más honda crisis estructural de nuestra historia, los presagios son de sacrificio. De lo contrario, está escrito, "todo verdor perecerá". Pero, en cambio, a la luz de los "años" del deshielo, nacerá un auténtico pensamiento político nacional.

Notas:

(27) En el excelente ensayo presentado por Luis A. de Herrera a los Juegos Florales de la Universidad en 1901, se auguraba ya la formación de un "proletariado de bachilleres".

(28) No nos extendemos sobre el desarrollo concreto del proletariado, pues rebasa el objeto de nuestro estudio. La ausencia de conciencia al respecto nos habla de la inmadurez de los partidos obreros que todavía no se han elevado a una autocrítica histórica profunda (que supone la historia del Uruguay). Y que exige, entre otras cosas, el replanteo de la fundamental teoría del "valor trabajo" de Marx.

CONTRATAPA

El Uruguay comienza a quebrar su existencia idílica, secularmente asociada a la grandeza británica de ultramar. Así "la aldea entra en la historia", para emplear una expresión de Alberto

Methol Ferré, el más talentoso escritor oriental que hoy presentamos a nuestros lectores. Methol Ferré ha evolucionado desde una posición católica hasta una especie de "humanismo marxista", si es que esta posición existe; pero en todo caso y ya en el plano puramente político -y en consecuencia más racional- puede ser situado como un nacionalista democrático, latinoamericanista, que busca en la tradición histórica del Plata, con igual ardor que en el presente, los fundamentos para la emancipación de su Patria Chica y la unificación de la Patria Grande. Vinculado desde muy joven al ala juvenil disconformista del herrerismo clásico, publica hace algunos años la revista "Nexo", en cuyas páginas proyectó un reencuentro de los más variados matices del pensamiento latinoamericano. Pero la crisis del Imperio británico con la Banda Oriental y el hecho de que el pueblo uruguayo deba enfrentar solo su propio destino, postergó las especulaciones filosóficas de Methol Ferré y sus amigos y los lanzó a la acción política. De este modo se vinculó con el movimiento ruralista encabezado por Benito Nardone, pero por sobre todo adquirió la conciencia viva y total de su pueblo, que hasta ese momento era una noción intelectual, aunque muy lúcida y rica. Methol Ferré expone en el presente ensayo las razones profundas que dan nacimiento al ruralismo uruguayo, los fundamentos económicos y los orígenes históricos de Batlle y Ordóñez (ala, liberal y mitrista de la política montevideana y de los intereses del puerto) así como el tejido conjuntivo de los intereses sobre los que se mueven las viejas formaciones políticas del Uruguay. La tierra artiguista despierta de su gran letargo y se indaga a sí misma en este trabajo de uno de sus hijos más brillantes.